

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO TRIGÉSIMOSÉTIMO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1871

GOBIERNO DE QUERÉTARO

PARTAMENTO DE EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN



INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO TRIGÉSIMOSÉTIMO

Número 937.					
Defensa de Paris : Toma de Brie del Marne el 30 de noviembre (grabado)	1	Las ambulancias u hospitales de sangre (grabados)	48	Escenas de la vida inglesa	90
Memorandum	2	Medalla conmemorativa de la prensa francesa (grabado)	id.	Las cuevas de Paris habitadas durante el bombardeo (grabados)	91
Ribera y el Dominiquino	3	Número 940.		Luisa	94
Accion del 29 de noviembre desde l'Hay hasta Sceaux (grabado)	4	La defensa de Paris (grabado)	49	Las carnicerías de Paris : Matanza de un elefante destinado á la alimentacion publica (grabado)	96
Muerte del general Renault (grabado)	6	Las relaciones por parlamentarios entre el ejército francés y el prusiano	50	Problemas de ajedrez (grabado)	id.
Sitio de Paris : Un gurbi prusiano en Villejuif (grabado)	id.	Episodios históricos	id.	Número 943.	
Revista de Paris	id.	El almirante Fleuriot de Langle (grabado)	54	Los últimos tiros (grabado)	98
Los muertos franceses en las batallas del 30 de noviembre, del 1º y 2 de diciembre (grabado)	7	Esqueleto de un merodeador encontrado en un campo de coles (grabado)	id.	Discurso de M. Jules Favre en la Asamblea nacional de Burdeos	id.
Escenas de la vida inglesa	10	Un <i>gourbi</i> prusiano (grabado)	id.	Jacobo de Sartieix	id.
La carne de caballo (grabados)	12	Revista de Paris	id.	Los globos-correos	99
De Villahermosa á la China	14	Poesía	55	Los cañones por suscripcion (grabado)	100
El general Clemente Thomas, comandante general de la guardia nacional del Sena (grabado)	15	El bombardeo de Paris	id.	Las ambulancias bombardeadas (grabado)	id.
Una entrevista de parlamentarios en el puente de Sevres (grabado)	16	Las fortificaciones (grabado)	56	Honores fúnebres de algunos pueblos antiguos	101
Número 938.		El bastardo	58	Revista de Paris	102
Defensa de Paris : La batería de marina delante de Bondy (grabado)	18	Escenas de la vida inglesa	59	Poesías	103
El bombardeo de Paris	id.	Los primeros destrozos del bombardeo (grabados)	60	Los batallones de guerra de la guardia nacional de Paris (grabado)	id.
La sorpresa	id.	Los mártires de la independencian nacional (grabado)	61	Luisa	106
La poblacion de Paris durante el sitio	19	De Villahermosa á la China	id.	Angela	107
Las batallas de Paris : Partes militares (grabados)	20	Ambulancia u hospital de sangre en la iglesia de la Trinidad (grabado)	64	Los palomos mensajeros (grabados)	108
Revista de Paris	22	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Efectos del bombardeo (grabados)	id.
Poesías	23	Número 941.		Escenas de la vida inglesa	110
Los nuevos cañones fabricados en Paris (grabado)	24	Funeral de los niños de la Doctrina cristiana (grabado)	66	Entrada de las tropas despues del armisticio (grabado)	111
El cerro de Avron (grabado)	26	Protesta del cuerpo diplomático contra el bombardeo de Paris, y contestacion de M. de Bismark	id.	Evacuacion del caserío de Drancy, de las compañías de guerra de la guardia nacional (grabado)	112
Escenas de la vida inglesa	id.	El armisticio del 28 de enero	67	Número 944.	
Los marinos franceses rechazando á los bávaros en la accion del Bourget (grabados)	28	Sitio de Paris : La casa abandonada (grabado)	id.	El fuerte del Este (grabado)	113
La molienda de granos en Paris (grabados)	id.	La ambulancia del Teatro Francés (grabado)	69	Discurso de M. Thiers en la Asamblea nacional	114
De Villahermosa á la China	30	Revista de Paris	70	La andante caballería	id.
La estatua de nieve (grabado)	31	Poesías	71	La Caridad	115
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Episodios históricos	id.	El abastecimiento de Paris (grabado)	116
El general Chanzy (grabado)	id.	Defensa de Paris : Talleres de la comision de armamento (grabados)	73	El mercado de verduras en el camino de Alemania (grabado)	118
Número 939.		De Villahermosa á la China	74	Saqueo de los Mercados centrales el dia que se firmó el armisticio (grabado)	id.
Defensa de Paris : El caserío de Grosly, última avanzada francesa (grabado)	33	Luisa	75	Revista española	id.
El bombardeo de Paris	34	Las cocinas económicas ambulantes (grabado)	76	Poesía	119
Poesía	id.	Curiosidades del sitio (grabados)	77	Las ambulancias de la prensa (grabados)	id.
No hay mal que por bien no venga	35	Escenas de la vida inglesa	78	Escenas de la vida inglesa	122
El cura de San Gervasio entregando la medalla militar á un soldado africano herido en Champigny (grabado)	36	Los partes telegráficos de las provincias (grabado)	80	Bernabé Rudge	123
Un trono que se hunde y otro que se levanta (grabado)	37	Número 942.		La zona prusiana en las inmediaciones de Paris (grabados)	id.
Revista de Paris	38	Las elecciones de Paris	81	Sitio de Paris : Corta de árboles para el publico en la avenida de Vincennes (grabado)	125
Episodio histórico	39	Los wagones blindados de la compañía del Oeste, en la accion del 19 de enero en Rueil (grabado)	id.	Enrique Regnault (grabado)	id.
El bosque de Boulogne (grabado)	40	Revista de Paris	82	Angela	126
La muralla de Passy (grabado)	41	El cazador suizo	83	La Peña de Urueil	127
Escenas de la vida inglesa	42	Aspecto de la entrada de la puerta de Auteuil (grabado)	84	Víctimas del sitio : Seveste, del Teatro Francés (grabado)	128
Las municiones (grabados)	44	Costumbres de la India	85	La venta de carne de perro (grabado)	id.
De Villahermosa á la China	46	Guardias nacionales defendiendo una barricada (grabado)	id.	Número 945.	
		Un cuento de amores	86	Belfort (grabado)	129
		Poesía	id.		
		Antigüedades	87		
		La batalla del 19 de enero (grabados)	id.		

	Págs.		Págs.		Págs.	
Estudios históricos.	130	Revista de Paris.	198	Las cañoneras de la Commune en el Atajo del Puen- te nuevo (grabado).	id.	
Saint-Denis : El fuerte de la Doble Corona (grabados).	131	Poesía.	199	Fiesco.	275	
La Asamblea nacional de Burdeos (grabados).	id.	Versalles : La sesion del 20 de marzo (grabado).	id.	La guerra civil (grabado).	276	
Revista de Paris.	134	Escenas de la vida inglesa.	202	El incendio de la guillotina (grabado).	278	
Poesía : A una desdeñosa.	135	Una expedicion á San Miguel del Fay.	203	Revista de Paris.	id.	
Angela.	id.	De Paris á Meaux durante el armisticio (grabados).	205	Memorandum.	279	
Los caballos (grabado).	136	Bernabé Rudge.	206	El bombardeo de Mezieres (grabados).	281	
La Peña de Uruel.	137	Cárlos Hugo (grabado).	208	Una expedicion á San Miguel del Fay.	282	
Escenas de la vida inglesa.	139	Problemas de ajedrez (grabado).	id.	El alquimista del siglo XIX.	283	
La distribucion de víveres regalados á la poblacion de Paris por los ingleses (grabado).	140	Número 950.			Las cercanías de Paris despues del sitio (grabado).	284
Escenas del abastecimiento de Paris (grabados).	141	Donativos patrióticos de la Inglaterra á la Francia (gra- bado).	209	Bernabé Rudge.	id.	
Bernabé Rudge.	242	Episodio histórico.	210	La plaza de la Iglesia de Mezieres despues del bom- bardeo (grabado).	id.	
Problemas de ajedrez (grabado).	143	Una historia del siglo XVII.	id.	Problemas de ajedrez (grabado).	287	
M. Verschneider, alférez de navio muerto el 2 de di- ciembre de 1870 (grabado).	144	Saint-Cloud (grabados).	211	Las baterias prusianas de Chatillon : Bateria de las Torres de Crouy (grabado).	288	
Ovacion á Victor Hugo y á Luis Blanc, á su llegada á Burdeos (grabado).	id.	La liga anti-prusiana (grabado).	214	Número 955.		
Número 946.		Revista de Paris.	id.	Familia de un federado herido recogido en las ambu- lancias de la Prensa (grabado).	289	
Saint-Denis durante el armisticio (grabado).	145	Poesía.	215	Memorandum.	290	
Texto de los preliminares de paz.	146	Escenas de la vida inglesa.	id.	Episodios históricos.	294	
Estudios históricos.	id.	De los diferentes modos de cubrirse la cabeza en el año 1871, por Bertall (grabados).	216	Las baterias de los federados en el ferro-carril del Oeste (grabado).	292	
La Asamblea nacional en el Gran Teatro de Burdeos (grabado).	148	Una expedicion á San Miguel del Fay.	219	El funeral de M. Kuss, alcalde de Estrasburgo (gra- bado).	294	
Devastacion de Saint-Cloud (grabado).	149	Ricord y Demarquay (grabados).	220	Revista de Paris.	id.	
Revista de Paris.	150	Saqueo de las cercanías de Paris (grabado).	id.	Poesía.	295	
Poesía.	151	Una bateria prusiana en Chatillon (grabado).	221	La guerra civil (grabados).	296	
El proyectil Bazin (grabado).	id.	Bernabé Rudge.	222	Una expedicion á San Miguel del Fay.	298	
Un viaje á Estrasburgo durante el armisticio (graba- dos).	id.	Guardia nacional de centinela en el Louvre (gra- bado).	224	El alquimista del siglo XIX.	299	
Escenas de la vida inglesa.	154	Número 951.			El general Cluseret (grabado).	300
La Peña de Uruel.	id.	El general Lecomte (grabado).	225	Prisioneros del ejército regular traídos á Paris des- pues de la accion del 11 en Chatillon (grabado).	id.	
Una expedicion á San Miguel del Fay.	155	Episodios históricos.	id.	El general Dombrowski.	id.	
De Paris á Meaux : Apuntes de viaje (grabados).	156	Una historia del siglo XVII.	226	La insurreccion de Argelia (grabado).	301	
La loca de Kandel-Steig.	id.	Los fusilamientos de la plaza Vendome (grabado).	227	Bernabé Rudge.	302	
Centinela de observacion en las líneas alemanas (gra- bado).	157	El general Cremer (grabado).	229	La bateria del Trocadero (grabado).	305	
Refugio de los viajeros esperando el tren de la ma- ñana (grabado).	id.	La explosion de Morges (grabado).	id.	Número 956.		
Bernabé Rudge.	158	Revista de Paris.	230	Desarme de los guardias nacionales refractarios (gra- bado).	305	
M. Dorian (grabado).	160	Poesías.	id.	Memorandum.	306	
M. Marcel Foillard (grabado).	id.	Una expedicion á San Miguel del Fay.	231	La guerra civil (grabados).	308	
Número 947.		Fisiología del cuerpo de guardia, por Bertall (gra- bados).	232	Revista de Paris.	310	
Los alemanes en Paris (grabado).	161	Escenas de la vida inglesa.	234	Poesía.	311	
Revista española.	id.	Las violencias prusianas (grabado).	236	Las prisiones de los sacerdotes (grabado).	id.	
La Francia firmando los preliminares de un tratado de paz (grabado).	164	Bernabé Rudge.	id.	Estado actual de la puerta Maillot bajo el fuego de las baterias de la orilla izquierda del Sena (gra- bado).	313	
Aspecto del boulevard Montmartre durante la ocupa- cion del ejército aleman (grabado).	165	Chatillon (grabado).	237	Estado actual de la barricada que cierra la calle de Rivoli, en la esquina de la calle de San Florentin (grabado).	id.	
Revista de Paris.	166	Problemas de ajedrez (grabado).	239	Bernabé Rudge.	314	
Poesía.	167	Roberto Duparc (grabado).	240	Prisiones, pesquisas y embargos (grabado).	316	
El nuevo mapa de Francia (grabado).	id.	Las cercanías de Paris despues del sitio (grabado).	id.	Prisioneros franceses en Francfort (grabado).	317	
Escenas de la vida inglesa.	170	Número 952.			El alquimista del siglo XIX.	318
Una expedicion á San Miguel del Fay.	id.	El Bivac de la plaza Vendome (grabado).	242	La conquista de Mallorca.	id.	
Un viaje á Estrasburgo durante el armisticio (graba- dos).	171	Una historia del siglo XVII.	id.	Aspecto de Paris bajo el régimen de la Commune : Vendedor de aves en el Palacio Real (grabado).	320	
Estrasburgo despues del bombardeo (grabado).	172	La Commune de Paris (grabado).	243	Número 957.		
Bernabé Rudge.	174	Plaza del Hotel de Villa : Tipos y fisonomías (gra- bados).	245	Memorandum.	321	
M. Grevy, presidente de la Asamblea nacional (gra- bado).	176	Revista de Paris.	246	Aspecto exterior de la puerta Maillot con las banderas de los francmasones (grabado).	id.	
Problemas de ajedrez (grabado).	id.	Poesía.	247	Bibliotecas.	323	
Número 948.		El artista del siglo XIV.	id.	Un dia con sir Walter Scott.	324	
Las cantinas municipales (grabado).	177	La inhumacion de los cadáveres de las víctimas de la guerra (grabado).	id.	La barricada de la calle Castiglione (grabado).	id.	
Estudios históricos.	178	Estado actual del puente de Vernon (grabado).	249	Las barricadas de la plaza Vendome (grabado).	id.	
Poesía.	179	Las alturas de Chatillon (grabado).	id.	La casa de M. Thiers ocupada por las tropas de la Commune (grabado).	325	
Entrada en Suiza del ejército del Este (grabado).	id.	Escenas de la vida inglesa.	250	La guerra civil (grabados).	id.	
Bateria prusiana en la Hay (grabado).	180	Una expedicion á San Miguel del Fay.	id.	Revista de Paris.	326	
Parque de artillería de Montmartre (grabado).	182	Los internados franceses en Suiza (grabado).	252	Poesías.	327	
La catástrofe de Puteaux (grabado).	id.	Bernabé Rudge.	id.	El bombardeo (grabados).	328	
Revista de Paris.	id.	El séquito de un delegado (grabado).	253	El marido.	id.	
Episodio histórico.	183	Problemas de ajedrez (grabado).	256	El ejército irregular del gran ducado de Gerolstein (grabados).	332	
De Paris á Meaux durante el armisticio (grabados).	184	Samson, artista del Teatro Francés (grabado).	id.	Bernabé Rudge.	334	
Escenas de la vida inglesa.	186	Número 953.			Problemas de ajedrez (grabado).	335
Una expedicion á San Miguel del Fay.	187	Gustavo Flourens (grabado).	257	Bellas artes : El <i>Krisnah</i> , pintura india (grabado).	336	
M. Ernesto Picard (grabado).	188	Memorandum.	id.	Número 958.		
Ledru-Rollin (grabado).	189	Una historia del siglo XVII.	259	Revista española.	337	
Bernabé Rudge.	190	Una visita al Hotel de Villa (grabados).	261	Nuevo sistema de barricadas empleado por los fede- rados en la plaza Vendome (grabado).	id.	
Los alcaldes de Paris (grabados).	191	Revista de Paris.	262	La guerra civil (grabados).	340	
Número 949.		Poesías.	263	El telescopio de la plaza Vendome sirviendo de mues- tra de cantina (grabado).	341	
Los cañones tomados por la tropa, recobrados por el pueblo y llevados á la alcaldía de Montmartre (gra- bado).	193	Bernabé Rudge.	id.	Viaje á Holanda del caballero de Begy.	id.	
Episodio histórico : Los hijos de Enrique II.	194	La Commune en el Hotel de Villa (grabado).	264			
Los sucesos del 18 de marzo : Fusilamiento de los generales Lecomte y Clemente Thomas : Construc- cion de barricadas (grabados).	195	Guardias nacionales regresando de su expedicion há- cia el Monte Valeriano (grabado).	265			
		La guerra civil (grabados).	269			
		Historia : El tribunal de los Diez en Venecia.	id.			
		Escenas de la vida inglesa.	270			
		Una expedicion á San Miguel del Fay.	271			
		La bateria de Breteuil en el parque de Saint-Cloud (grabado).	272			
		Número 954.				
		Revista española.	273			

	Págs.		Págs.		Págs.	
Descubrimiento de cadáveres entre los escombros (grabado)	id.	Número 960.			Los insurrectos en el Pere-Lachaise (grabado)	id.
Revista de Paris	342	Las cercanías de Paris durante la guerra civil (grabados)	369	Bernabé Rudge	397	
Poesías	343	La batalla de Paris	370	Los restos del teatro de la Puerta de San Martin (grabado)	400	
El Parlamento inglés (grabados)	344	Cuerpo sin alma	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	
Ulrico	345	La barca de Chatou (grabado)	372	Los grupos de la Capilla expiatoria de Luis XVI (grabados)	id.	
Las aventuras de maese Block (grabados)	347	El puente del ferro-carril de Chatou (grabado)	id.	Número 962.		
Bernabé Rudge	250	M. Marechal, alcalde de Metz (grabado)	373	La barricada de la calle Saint-Antoine (grabado)	402	
Problemas de ajedrez (grabado)	351	Una patrulla prusiana entre Chatou y el Vesinet (grabado)	id.	Las víctimas de la Commune (grabados)	id.	
La evacuacion de Neuilly (grabados)	352	Revista de Paris	374	Las ejecuciones en masa (grabado)	403	
Número 959.		Poesías	375	Revista de Paris	406	
La barricada de la calle de Rivoli á la plaza de la Concordia (grabado)	354	Demolicion de la columna Vendome (grabados)	id.	Poesía	407	
Supresion del Correo de Ultramar por el Comité de salud pública	id.	El orgullo de un hombre	378	Apuntes históricos	id.	
El tratado de paz	id.	Explosion de la cartucheria Rapp (grabado)	380	Exposicion del cuerpo del señor arzobispo de Paris en el palacio del Arzobispado (grabado)	408	
Combates de los antiguos	355	Bernabé Rudge	381	Última resistencia de los insurrectos en la barricada de la calle del Four Saint-Germain (grabado)	409	
Estatuaria	id.	Las aventuras de maese Block (grabados)	383	El Palacio Real despues del incendio (grabado)	id.	
Llegada á Versalles de los cañones tomados en el fuerte de Issy (grabado)	id.	Número 961.			Los insurrectos evacuando la barricada de la calle de Rennes (grabado)	id.
Venta de las barracas instaladas en el jardín de las Tullerías (grabado)	id.	Autorizacion	385	El orgullo de un hombre	410	
Estrasburgo: regreso de los prisioneros naturales de Alsacia (grabado)	id.	Las prisiones de hombres y mujeres (grabados)	386	Destruccion de las armas de los insurrectos (grabado)	412	
Revista de Paris	358	Revista española	id.	Las ruinas de los incendios (grabados)	id.	
Poesía	359	Paris ardiendo (grabados)	388	Los cadáveres en las calles (grabado)	413	
Los clubs en las iglesias de Paris (grabado)	id.	Revista de Paris	390	Bernabé Rudge	414	
Auber (grabado)	362	Poesía	391	Una casa del faubourg Saint-Antoine (grabado)	416	
El orgullo de un hombre	id.	Arqueologia	id.	Un cuarto de la misma casa (grabado)	id.	
Las Ambulancias de la Prensa (grabado)	365	La barricada de la Chaussée-d'Antin (grabado)	393	Una casa de Menilmontant (grabado)	id.	
Los fugitivos (grabado)	id.	Ejecuciones de insurrectos (grabado)	394	Ruinas de una casa en la plaza de la Bastilla (grabado)	id.	
Bernabé Rudge	366	El orgullo de un hombre	id.	Aviso á nuestras lectoras	id.	
Ultimos disparos de las cañoneras situadas bajo el viaducto de Auteuil (grabado)	368	Las Ambulancias de la Prensa (grabados)	396			
		Ametralladoras tomadas á los insurrectos y reunidas en la plaza de la Bolsa (grabado)	id.			



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 937.

Administración general, passage Sautter, número 4, en París.

SUMARIO.

Defensa de París: Toma de Brie del Marne el 30 de noviembre; grabado. — Memorandum. — Ribera y el Dominiquino. — Accion del 29 de noviembre desde P'Hay hasta

Sceaux: Vista general tomada de la batería Millaud; grabado. — Muerte del general Renault; grabado. — Sitio de París: Un gurbí prusiano en Villejuif; grabado. — Revista de París. — Los muertos franceses en las batallas del 30 de noviembre, del 1° y 2 de diciembre; grabado. — Escenas de

la vida inglesa. — La carne de caballo; grabados. — De Villahermosa á la China. — El general Clemente Thomas, comandante superior de la guardia nacional del Sena; grabado. — Una entrevista de parlamentarios en el puente de Sevres; grabado.



DEFENSA DE PARÍS. — Toma de Brie del Marne el 30 de noviembre. (Véase el parte militar en el N° 936.)

Memorandum.

Continuamos resumiendo aquí por orden cronológico los principales sucesos de la guerra y del sitio. Nuestra primera serie publicada en el núm. 931 comprendía los hechos importantes hasta el fin de setiembre; y hoy completamos la tabla con la enumeración de todo lo acaecido desde entonces hasta el 31 de diciembre.

OCTUBRE.

4. Dimisión del almirante Fourichon como ministro de la Guerra, continuando al frente de la Marina.
5. Combate de Toury, cerca de Orleans, entre el general Reyán y el príncipe Alberto de Prusia. Los prusianos salen vencidos.
6. Combate de Nompattelize en los Vosges, entre los badenses mandados por el general Degenfeld y los franceses mandados por el general Dupré. Los franceses se retiran á Rambervillers.
- 6 y 7. Salidas de Bazaine de Metz. El enemigo sufre grandes pérdidas.
7. Salida de Gambetta en globo. Llegada á Montdidier. — Llegada de Garibaldi á Marsella.
8. Manifestación abortada en el Hotel de Villa en favor de la Comuna. — Ataques de los prusianos contra San Quintín. M. Anatolio de la Forge rechaza á los prusianos.
9. Llegada de Garibaldi á Tours.
10. Combate indeciso en Arthenay cerca de Orleans. — Nombramiento de Gambetta para el ministerio de la Guerra. — Llegada de M. Thiers á Viena.
13. Combate de Bagnaux. Triunfo de los franceses. — Incendio del palacio de Saint-Cloud.
15. Se raciona la carne. — Organización de 40,000 voluntarios de la guardia nacional.
17. Organización del batallón de los *Enfants de Paris*. — Requisa de harinas y forrajes.
18. Heroica defensa de Chateaudun. — Regreso de M. Thiers. — El general Bourbaki llamado al mando del ejército del Loira.
20. Suscripción pública para costear la fabricación de 4,500 cañones.
21. Combate de la Malmaison.
25. Entrega de los primeros cañones fabricados por la industria privada.
26. Mejora del servicio de los globos; crédito de 40,000 frs. concedido á M. Dupuy de Lome para construir un globo con dirección. — Se rebaja la ración de carne á 50 gramos por persona.
27. Salida de los norte-americanos. — Se vuelven á abrir los teatros. Conferencia de M. Legouvé en el teatro Francés.
28. Requisa de las materias para fabricar pólvora. — Aumento del presupuesto de la instrucción primaria en Paris, que se eleva de 8 á 46 millones. — Llamamiento de los últimos contingentes de la quinta de 1870. — Artículo del *Combat* anunciando la capitulación de Metz. Viva polémica de la prensa sobre este asunto. — Toma del Bourget por los francos tiradores de la prensa.
29. Violento cañoneo de los prusianos contra el Bourget.
30. Los prusianos recobran el Bourget. — Llegada de M. Thiers á Paris.
31. Capitulación de Metz. — Emoción extraordinaria en Paris. Manifestación del partido de la Comuna. Invasión del Hotel de Villa por los guardias nacionales al mando de Blanqui y de Flourens. Los miembros del gobierno prisioneros. El 406 batallón de la guardia nacional pone en libertad al general Trochu que arroja del Hotel de Villa á los invasores. — Bolsa del 31 de octubre : 3 0/0 54 frs.

NOVIEMBRE.

1. Proclama del gobierno anunciando que los sucesos del 31 de octubre no han dado lugar á ninguna efusión de sangre. — Negociación de un armisticio en Versalles por medio de M. Thiers que presenta la demanda á nombre de las cuatro grandes potencias neutras. — Prisión de los autores de los sucesos del 31 de octubre.
2. Proclama del general Trochu. — Decreto anunciando un plebiscito en Paris para confirmar ó anular los poderes del gobierno aclamado el 4 de setiembre.
3. Plebiscito de Paris. Resultado de la votación : en favor del gobierno 557,996 votos; en contra 62,638. — Decreto declarando que todo batallón que salga con armas y sin orden de los jefes será desarmado. — Decreto destituyendo á nueve comandantes de batallón, entre los cuales se cuenta M. Flourens.
4. Vivas impresiones producidas por las negociaciones del armisticio. Creencia general en el buen éxito de

las negociaciones que con el armisticio, darán por resultado la convocación de una Constituyente llamada á deliberar sobre la paz y la guerra.

5. Mas prisiones de los autores de la jornada del 31 de octubre. — Elecciones de los veinte alcaldes de Paris. Salen nombrados algunos radicales.
6. M. de Bismark rechaza el armisticio no queriendo conceder el abastecimiento de Paris. — El *Journal officiel* publica un estado de las fuerzas que componen los tres ejércitos de la defensa de Paris.
7. El gobierno manda recoger todo el pescado del Sena y el Marne en el radio de Paris.
8. Circular de M. Jules Favre sobre el armisticio.
9. Violento cañoneo de los fuertes contra el Bourget, donde el enemigo sufre grandes pérdidas. — Decreto reorganizando la guardia nacional en compañías sedentarias y en compañías de guerra. Ejecución inmediata del decreto, no obstante las quejas que suscita. — Requisición de todo el ganado vacuno, que produce resultados favorables. — Requisición de todas las materias salitrosas que hay en las casas. — Batalla de Coulmiers dada por el ejército del Loira mandado por el general d'Aurelle de Paladines.
10. Medidas tomadas por las municipalidades : 1º Para el equipo de la guardia nacional; 2º para la instalación de cantinas; 3º para la distribución de bonos á los menesterosos; 4º para devolver á los pobres los objetos empeñados en el Monte de Piedad, cuyo préstamo no pase de 15 frs.
11. Organización de un servicio de correspondencias de provincias por sí y no, mediante los globos y los palomos viajeros.
12. Organización por una comisión especial compuesta de veterinarios, del servicio de compra, matanza y venta de la carne de caballo, asno y muío.
13. Despacho de Gambetta anunciando la toma de Orleans por el ejército del Loira. — Proclama de Gambetta denunciando como traidor al mariscal Bazaine. — Llegada á Paris de los primeros despachos particulares.
14. Proclama del general Trochu á los ciudadanos, á la guardia nacional, al ejército y á la guardia movilizadas para declarar que Paris se defenderá á todo trance.
15. Grande actividad desplegada para la construcción de nuevos cañones, y para la fabricación de bombas y cartuchos.
16. Reconocimientos y salidas hacia la selva de Bondy y hacia Champigny.
17. Molienda de los trigos almacenados en Paris por los molinos instalados en casa de Cail, en el ferrocarril del Norte y en la fábrica de las Artes reunidas. La molienda se aumenta hasta el punto de poder dar en Paris los 7,000 quintales de harina que se necesitan cada día.
18. Aplicación en grande escala del sistema de requisas. Vacas, caballos, mulas, asnos, comestibles, patatas, quesos, arroz, legumbres secas, hullas, cokes, leña, todo ha sido objeto de la requisita, sistema que hace ilusorio todo comercio, y ha hecho subir á precios fabulosos los últimos productos que habia en el mercado.
19. Entrada en Paris de los diarios prusianos fundados en Versalles por M. de Bismark.
20. Ejecución de grandes obras de trinchera para poder atacar de cerca las posiciones enemigas.
21. Noticias de Tours anunciando que el levantamiento en masa de los departamentos se ejecuta con grande actividad, y que unánimemente se reconoce y se respeta al gobierno de la República.
22. Equipo de las compañías de guerra de la guardia nacional. El general Clemente Thomas pasa revista á los siete primeros batallones equipados.
23. Buen comportamiento del 72º batallón en el reconocimiento de Bondy. — En un consejo de guerra celebrado en Tours se concede al general Bourbaki el mando del ejército del Norte.
24. Orden del gobernador prohibiendo á los diarios toda publicación sobre movimientos de tropas.
25. Carta de M. de Bismark asimilando á los viajeros en globo á los espías que tratan de atravesar las líneas prusianas.
27. Requisa de los aceites de petróleo. Recuento de caballos, asnos y mulas. — Se cierran las puertas de Paris.
28. Publicación de las raciones de la semana : lunes, cerdo salado; martes, bacalao; miércoles, buey y carnero conservados; jueves y viernes, buey fresco; domingo, bacalao.
29. Publicación de tres proclamas : una del gobierno otra del general Trochu y otra del general Ducrot. — Decreto concediendo un suplemento de 75 céntimos diarios para las mujeres de los guardias nacionales.
30. Salida general del ejército de Paris. Ocupación de la Gare-aux-Bœufs cerca de Pilly, de Montmesly y del cerro de Avron. Reconocimiento practicado en el llano de Gennevilliers, sobre las posiciones de Buzenval y sobre las alturas de Boispreau. Una crecida del Marne se lleva el puente de barcas por donde debía pasar el ejército del general Ducrot. Emoción y descontento de la población de Paris. — Bolsa del 30 de noviembre : 3 0/0, 53 frs. 85 c.

DICIEMBRE.

- 1º El ejército del general Ducrot pasa el Marne. Combate entre Brie del Marne y Champigny. — En Saint-Denis gran reconocimiento hasta Drancy, Groslay y Epinay.
2. Batalla por la parte de Brie del Marne, Campigny y Villiers. Los prusianos son rechazados por todas partes con grandes pérdidas. Los franceses pernoctan en las posiciones conquistadas. Cien prisioneros. — Las pérdidas de los franceses en esos tres días ascendieron á 172 oficiales muertos, 342 heridos, 936 soldados muertos y 4,680 heridos. Se calcula que las de los prusianos son el doble. — Excelente servicio en las nuevas piezas de artillería. — Los miembros del gobierno felicitan al general Trochu. — El general Trochu rinde homenaje al heroismo del general Ducrot. — En la tarde del 2 los prusianos hacen fuego á monseñor Bauer que dirige las ambulancias de la prensa. — La batalla de Villiers se considera como una gran victoria para las armas francesas.
3. Decreto concediendo á la alcaldía de Paris un crédito de 500,000 frs. para el establecimiento de nuevas cocinas económicas. — Se piden camas para los heridos, á los habitantes. — Batalla de Orleans.
4. Los generales franceses deciden en consejo de guerra que no continuarán las operaciones por el lado de Villiers. — Regresa á Vincennes el ejército del general Ducrot. Orden del general explicando este movimiento.
5. Los habitantes de Paris ponen 45,000 camas á la disposición de la autoridad militar. — Los prusianos ocupan de nuevo la ciudad de Orleans.
6. Cuestión de Oriente. El príncipe de Gortschakoff denuncia el tratado de Paris á las potencias firmantes. Grande emoción en la diplomacia europea. — Carta del conde de Moltke anunciando la derrota del ejército de Orleans. Respuesta del general Trochu negándose á verificar el hecho por medio de un emisario.
7. Muerte del general Renault y del comandante Franchetti de resultas de las heridas que recibieron el 2 de diciembre. — Decreto disolviendo al batallón de tiradores de Belleville.
9. Prohibición de la venta de harina y de la fabricación de galletas; toda la harina debe emplearse en hacer pan.
10. Orden prohibiendo las devastaciones del merodeo en las cercanías de Paris.
11. Llegada de dos palomos enviados por los prusianos.
12. Noticias recibidas por oficiales prisioneros cañoneados. Excelente organización del ejército del Loira.
13. Recuento de las camas instaladas en las ambulancias de seis camas por lo menos. Total, 25,826.
14. Los periódicos y las cartas de Alemania hablan del cansancio del ejército y del deseo de la paz.
15. Aviso del gobierno relativo á la alimentación. Las reservas son abundantes. Se repartirá carne fresca con regularidad, y las nuevas harinas servirán para hacer el pan de munición que han de comer todos los habitantes. No se racionará el pan.
16. Noticias de Tours. El ejército del Loira se ha dividido en dos partes : hay el de la orilla izquierda que manda Bourbaki y que debe reforzarse con los ejércitos de Auvernia y del Mediodía, y el de la orilla derecha mandado por el general Chanzy, y que despues de haber resistido muchos días á las fuerzas de von der Thann y del gran duque de Mecklenburgo, se ha librado por una hábil maniobra del movimiento de flanco del ejército del príncipe Federico Carlos. — La ciudad de Blois fué ocupada el 13. — El general Manteuffel ha hecho una excursión por Normandía. La ciudad de Ruan fué ocupada el 9 y pagó una contribución enorme. Los tres puertos del Havre, Honfleur y Dieppe han sido declarados en estado de bloqueo.
17. Decreto concediendo á los alcaldes y adjuntos de Paris una remuneración de 300 frs. mensuales.
18. Circular de M. Chaudordy, de la delegación de Tours, denunciando las abominaciones cometidas por los prusianos en la guerra actual.
19. Decreto sometiendo los nombramientos de jefes en la guardia móvil á la elección del gobierno. — El gobernador de Paris pone á la orden del día los nombres de los jefes que se han distinguido en los últimos combates.
20. Se cierran las puertas de Paris.
21. Nueva salida general del ejército de Paris. El general Vinoy se apodera de Neuilly del Marne, de Ville-Evrard y de la Casa Blanca. El general Ducrot evacua el Bourget ocupado por la mañana, y ocupa Drancy, de donde expulsa á los prusianos. El general Noel se apodera de la isla del Chiard frente á Chatou. Los resultados de esta jornada parecen excelentes.
22. Las tropas se acampan en las posiciones conquistadas.
23. El rigor del frío (de 40 á 42 grados bajo cero) interrumpe las operaciones. Numerosos casos de congelación.

25. Regresa el ejército á sus acantonamientos á esperar un tiempo mas favorable.

— Organización de nuevas cantinas.

— Recuento de la poblacion pobre. Paris alimenta diariamente á 500,000 menesterosos.

26. Grandes movimientos en las líneas prusianas.

27. Bombardeo del cerro de Avron, de los fuertes del Este, de Noisy y de Nogent por las baterías prusianas.

28. Los prusianos piden un armisticio para enterrar sus muertos. Las pérdidas de los franceses son insignificantes.

29. Orden del dia elogiando la buena actitud y disciplina de la guardia nacional y de la guardia movilizada.

— Continúa el fuego del enemigo sobre los fuertes del Este sin graves perjuicios.

30. Proclama del general Trochu á la poblacion y al ejército contra las disensiones intestinas. El general declara que el gobierno se encuentra estrechamente unido.

31. Consejo de guerra en el que se decide que la guardia nacional, la guardia movilizada y el ejército se asociarán á la defensa mas activa.

Ribera y el Dominiquino.

José de la Ribera, llamado el Españoletto, y el mas célebre de los pintores de Nápoles se hallaba en su taller entretenido con su hija, á quien adoraba, cuando le anunciaron la llegada de Belisario y Caraccivolo, pintores amigos. Ribera dió un amoroso beso á su hija, y se la dió á su madre, que retirándose dejó á Ribera con sus amigos.

— ¿No es verdad, dijo este, que es muy linda mi querida María Rosa? Si Albano la hubiese visto tendria un ángel mas en todos sus cuadros: se me echa en cara mi lujo; por san Genaro, amigos míos, os aseguro que no gusto de él sino por mi mujer y mi hija; no temo la miseria sino por ellas; pues estoy seguro que ellas no son capaces de alimentarse de ese humo que llamamos gloria, y es menester confesar que la fortuna es una mujer ciega y caprichosa; pues al paso que Josefín está cansado de sus favores, el Dominiquino se muere de hambre. ¿Qué loca manía se ha apoderado de esos caballeros del tesoro, continuó Ribera con aire sombrío y pensativo? ¿No podrian encontrar aquí como en Roma un pintor lleno de talento y energía? ¿O nosotros no hemos trabajado á su gusto? ¿Serian tan atrevidos que osaran echar abajo nuestros andamios de la capilla de san Genaro, destruir vuestros frescos y blanquear mis cuadros?

Al decir esto Ribera frotaba con rabia uno con otro los extremos de su capa, y echaba la mano al puño de su puñal. Su frente atezada se coloreaba de un tinte lívido, y sus labios emblanquecidos se veian como agitados, y un temblor febril dejaban ver sus dientes rechinando.

— Os incomodais demasiado pronto, maestro, dijo Caraccivolo;

Y luego añadió Corenzio:

— Josefín, Guido y Gessi ¿no se han visto obligados á cedernos el puesto? pues yo creo que todos harán lo mismo. De otro modo seria una temeridad; nuestro trabajo está empezado y los señores que administran el tesoro de la ciudad se mirarán antes que ultrajar al primer pintor del virey y á sus amigos.

— El ultraje está hecho, vuestros andamios destruidos y vuestro trabajo borrado, dijo bruscamente otro interlocutor que sin duda habia oido la conversacion, ó al menos las últimas palabras de Corenzio.

— Tresiobaldi, ¿estás seguro de eso? dijo Ribera con voz de trueno. ¿Se han atrevido á destruir en un momento lo que me ha costado tantas horas de meditacion? Desgraciados ellos y mas desgraciados aquellos á quienes han llamado, dime sus nombres.

— Domingo Zampieri, llamado el Dominiquino, le contestó uno, ¿qué vas á hacer?

— No lo sé, respondió Ribera: yo amenazé á Josefín, era rico, hombre de mundo, artista mediano, su alma cortesana, llena de noble gloria y no pudo hacerse superior al miedo y se marchó. Yo pegué con un baston al criado de Guido tambien rico, y el amo se llenó de temor. Gessi vino con su grande espada *mata-moros*, hice ahogar á sus dos discípulos, y como él no sabia nadar envainé al mismo tiempo espada y pinceles; pero con el Dominiquino la lucha será larga y dudosa; los diputados del tesoro han tomado en rehenes su mujer y su hija; le han ofrecido considerables sumas, y tienen un aliado que será mas fuerte que yo, la miseria que está sentada en su hogar, la miseria temible para él, por su mujer ó hija.

Estas últimas palabras las habia articulado con lentitud. Tresiobaldi miraba atentamente á Ribera, que mas pálido aun que antes, dejó escapar de sus labios convulsivamente agitados estas expresiones: *¡qué afrenta! ¡qué afrenta!* Tresiobaldi habia intentado desarmar la cólera del pintor haciendo revivir en él las simpatías de padre y esposo; todo fué inútil; los celos se apoderaron del corazón de Ribera, y desde entonces quedó insensible á todo sentimiento.

Mientras los otros hablaban en voz baja, Corenzio sacó su libro de memoria, y despues de escribir en él salió precipitadamente. El ruido de la puerta que se

cerró con violencia, sacó á Ribera de su meditacion, y poniéndose de pié desocupó su bolsillo lleno de oro en una magnífica copa cincelada por Benvenuto Cellini.

— Tresiobaldi, toma este oro, le dijo al oido y te juro por la cabeza de mi hija María Rosa, que te daré diez tantos mas, con tal que el Dominiquino no concluya la capilla de san Genaro.

El ojo leonado del Lazzaroni brilló con extraño resplandor á la vista del oro, y dudando un instante se decidió á guardar la copa y su contenido, y salió bruscamente de la casa. Ribera se puso su capa y encasquetándose bien su sombrero para que le cubriese el rostro, salió acompañado de Caraccivolo, dirigiéndose al palacio del virey.

En una casa de Nápoles, no lejos de la capilla de san Genaro se hallaba un hombre calvo, pequeño, de fisonomía dulce y tímida, leyendo á dos mujeres el terrible canto del Dante, en que habla de los envidiosos; una de las mujeres habia dejado de oír la lectura, y con los ojos llenos de lágrimas miró á una jóven, cuyo pálido semblante parecia anunciar el padecer.

— ¡Pobre Ana, tú tambien! decia en voz baja.

La jóven, ú oyó ó adivinó estas palabras dichas por su madre, pues apoyó su cabeza contra el maternal seno, como para buscar un poco de calma.

— Basta, basta de esta terrible lectura, exclamó la madre.

— Basta, Dominiquino, tu voz es demasiado dulce para acentuar las enérgicas maldiciones del Dante contra los envidiosos; tu corazón es demasiado puro para comprender el horrible crimen que anatematiza; Ana y yo gustamos mas de oír los armoniosos suspiros del Petrarca.

Y entonces se pusieron de rodillas delante de un cristo de marfil, único adorno de la sencilla habitacion, para darle gracias.

— Los diputados del tesoro, dijo Dominiquino al levantarse, me han prometido cien escudos por cada figura, cincuenta por cada media y veinte y cinco por cabeza; nos han dado esta casa y prometido una proteccion eficaz, desde mañana empezaré á trabajar, seremos ricos y mi Ana podrá casarse con el que quiere: Ana mia, no ocultes así tu cabeza en el seno de tu madre, *él es hijo de un noble, levanta la cabeza, tú eres la hija del Dominiquino, si tú...*

Y el rostro del padre brillaba con noble orgullo.

— ¿Tú has olvidado, dijo Marsibilia, lo que hicieron con Guido y Gessi?

— No, no, todo, todo lo sé; pero yo no creo que tengan interés en perseguirme á mí, que soy tan pobre.

No habia concluido esta frase cuando una piedra arrojada con violencia por la ventana vino á caer sobre el libro del Dante, que estaba abierto en el canto de los envidiosos. La piedra estaba envuelta en un papel, Dominiquino lo leyó, y sin decir su contenido exclamó:

— ¡Está bien! Marsibilia cogió entonces la carta, y leyó: « Dominiquino Zampieri, acuérdate de Josefín, Guido y Gessi; si mañana estás todavía en Nápoles, desgraciado de tí y de los tuyos, el gobierno no te protegerá mas que á tus antecesores ».

— ¡Oh! huyamos, huyamos, exclamaron á un tiempo Ana y Marsibilia.

— De ningún modo; Dios velará por mí, respondió con exaltacion Dominiquino; daria lo que me queda de vida y la gloria que he adquirido por dejaros á mi muerte con que subsistir.

Al dia siguiente hizo preparar sus frescos y poner sus andamios en la iglesia donde debia empezar á pintar. Muy lejos estaba Ribera y sus cómplices de esperar semejante resistencia de parte de Zampieri; además el virey habia manifestado á Ribera su desagrado por el modo de proceder contra su rival; el arzobispo de Nápoles Buonsompagno, natural de Bologna, como Dominiquino, no solo iba muchas veces á verle trabajar, sino que le hacia escoltar por sus criados; así es que ni las amenazas, ni las provocaciones causaban efecto á Dominiquino.

La primera vez que este descubrió parte de su trabajo se dejó oír una terrible gritería que lo intimidó: se retiró triste y abatido, pero al pasar junto á un grupo de Lazzaroni oyó á uno que decia:

— Por san Genaro, es necesario que el oro del señor Ribera sea de muy buena liga, pues nunca se han alabado en Nápoles mejores pinturas que las que acabamos de silbar.

Dominiquino sabia bien que el pueblo italiano comprende muy bien todo lo que pertenece á las artes, y aplaude á los autores, y clasifica sus obras con tino; Dominiquino entró en su casa, contó á su mujer lo que habia sucedido, añadiéndole que estaba resuelto á concluir su obra.

Los vergonzosos manejos empleados por Ribera llegaron á oídos del virey y le reprendió agriamente por su inícuo proceder. La vigilancia del virey, del arzobispo y demás amigos del boloñés se adormecia poco á poco viendo que habian cesado de perseguirlo; pero Ribera no olvidaba jamás el siniestro fin que se habia propuesto.

En una noche de noviembre de 1633 dos hombres embozados en largas capas se introdujeron en la capilla de san Genaro, adonde permanecieron toda la noche.

A poco de haber entrado se oyó un extraño ruido en la capilla y ciertos golpes sordos que repetidos por el eco de la cúpula, parecian ayes y gemidos. Al rayar el dia se entreabrió la puerta y uno de los embozados observó un corto rato, y haciendo despues una seña á su compañero desaparecieron. A la hora de costumbre Dominiquino se dirigió alegre á su trabajo, y al entrar en

la capilla vió un hombre que estaba delante, y que le miraba con atencion, cubriéndose el rostro. Dominiquino se dirigió hácia él, pero el embozado huyó, dejando caer el sombrero y descubriéndose lo suficiente para que Dominiquino reconociese á Tresiobaldi.

Ya habia empezado á subir Dominiquino la primeras gradas del andamio, cuando una viga se desprendió con horrible ruido, la magnífica cúpula parecia rechinar, y Dominiquino bajó precipitadamente lleno de terror. Apenas habia bajado, cuando aquel inmenso andamio, empezó á crujir desplomándose despues completamente.

Un terrible vértigo se apoderó del desgraciado pintor, y salió despavorido por la ciudad corriendo con los cabellos erizados, desencajados los ojos y gritando expresiones inconexas. En una de las calles que recorria vió un caballo á la puerta de una casa, y precipitándose sobre él lo puso al escape sin saber dónde se dirigia. En todo el dia cesó de correr en la direccion que quiso tomar el caballo, y la noche le sorprendió en medio del despoblado: su imaginacion acalorada solo veia en derredor suyo horribles fantasmas resonando en sus oídos el terrible crujido del andamio al desplomarse.

Cerrados los ojos para no ver, puestas las manos en los oídos para no escuchar, corrió echado sobre el caballo dos dias, hasta que le faltaron las fuerzas. Cuando volvió en sí, conoció que se hallaba á la puerta del palacio del cardenal Aldobrandini; en Frascati, cerca de Roma, de la que nunca debió salir, se acordó de su mujer y de su hija que le esperaban despues de tres dias y tres noches; entonces reunió las pocas fuerzas que le quedaban y se puso á escribir para tranquilizarlas. Apenas cerró la carta cuando cayó sin sentido en los brazos del cardenal Aldobrandini.

La misma tarde del dia de la salida del boloñés, conoció Tresiobaldi por la primera vez que nacian en su alma sentimientos de piedad. Absorto estaba en sus pensamientos, cuando una voz bien conocida le hizo estremecerse involuntariamente.

— Y bien, Tresiobaldi ¿ha marchado el maestro?

— Dios vela por él, puesto que le ha librado de tu odio.

— Es verdad, replicó Ribera, examinando las vigas esparcidas.

Un extraño contraste se notaba en los semblantes del pintor y del bandido. La figura del primero manifestaba la rabia y sentimiento al ver que su víctima habia evitado con la fuga su venganza, al paso que la alegría se manifestaba en el rostro del bandido.

— Sígueme, dijo Ribera á Tresiobaldi.

— No puedo, le dijo este: me esperan en el puerto.

Era la vez primera que el bandido no obedecia al que le pagaba. Ribera pasó una noche malísima, acometido del combate que experimenta el malvado, que ni se puede llamar remordimiento ni cólera, pero que participa de ambos, y que es propio del que no consigue un inícuo proyecto.

Al dia siguiente fué al palacio del virey con un aspecto sombrío y taciturno; recibióle muy mal el duque de Osuna, pidiéndole cuenta de la desaparicion del Dominiquino, y añadiendo que la mujer y la hija del pintor le designaban á él como á su asesino.

— Pues qué, replicó Ribera, ¿su mujer y su hija están en Nápoles? Pues que sirvan de rehenes, porque Dominiquino no ha sido asesinado, sino que ha huido con el dinero que ha recibido, sin duda para ejecutar alguna obra en Roma porque se la pagarán mejor que aquí. Es preciso que vuelva, que vuelva.

El duque se retiró sin contestarle. Ribera miró al rededor y observó entre los cortesanos á Corenzio y Caraccivolo, y les dijo en voz baja:

— Ha marchado, pero volverá; esta vez no se ha de librar.

Entre tanto la mujer y la hija del desgraciado y perseguido pintor, estaban orando y esperaban resignadas la justicia de Dios. Un mensaje secreto las tranquilizó, porque las anunció que la persona á quien tiernamente amaban se hallaba en Roma. Determinaron marchar á reunirse con él, pero una orden del virey les prohibia la salida de la ciudad. Estaba escrito que Dominiquino moriria en Nápoles. Las razones que el cardenal le expuso, convencieron al perseguido pintor, y determinó restituirse al lado de su familia, avisándose así al virey para que lo anunciase á su familia, añadiendo que le acompañaria el jóven Alfonso Orsini, que era el objeto que ocupaba la imaginacion de Ana, y por quien suspiraba su corazón.

El pérfido Ribera habia unido sus alabanzas á las de los que admiraban las pinturas del boloñés, pero meditando siempre herir el honor y el corazón de Zampieri, para lo que pensó en el bandido Tresiobaldi. Luego que este se le presentó le dijo Ribera:

— Mañana debe llegar; ya sabes lo que tienes que hacer.

— ¿Sabeis, contestó el lazzaroni, que el virey ha puesto precio á la cabeza del bandido Cesari?

— ¿Y qué? preguntó Ribera.

— Que este bandido, respondió Tresiobaldi, está en tu presencia; cuando me conociste lazzaroni, y me elegiste para instrumento de tu envidia, yo no apreciaba el oro; me lo has dado y has hecho de mí un malvado. He jugado por codicia y he perdido: el oro me es ya indispensable.

— Escucha, le dijo Ribera, Dominiquino viene á Nápoles con Alfonso Orsini, vástago de una de las primeras familias de Roma; si quieres hacer lo que te mande tendrás oro. Si Dominiquino entra mañana solo en Nápoles, ven á buscar tu indulto y este bolsillo lleno de

oro. Apenas habia concluido el Español estas palabras, cuando salió el lazaroni aceptando el partido.

Al dia siguiente se presentó Dominiquino en su casa, adonde le esperaban su mujer y su hija. Ana al verlo solo le abrazó llorando, porque presintió alguna desgracia; y en efecto, Orsini habia sido vilmente asesinado.

Ribera no abandonó la persecucion, hizo que el virey le mandara hacer cuadros á Zampieri con precipitacion; este no conoció el laze, y llegó su bondad hasta manifestar gratitud á su verdugo. Los cuadros se pintaron, y Ribera, que era el intendente de todos los objetos artísticos, humilló á su rival retocando los cuadros para desprestigiar é insultar á los que habian llamado de Roma un pintor que necesitaba ser corregido por Ribera. No contento con esto, escribió un anónimo á Dominiquino, diciéndole que su mujer trataba de envenenarle: ganó á los que le rodeaban para que criticaran amargamente sus cuadros, pero Dominiquino se revistió de resignacion.

A principios de abril de 1641 solo se hablaba en Nápoles de la belleza de los frescos de Dominiquino. La inauguracion de su obra se fijó para el 15 del mismo mes. Zampieri y Tresiobaldi eran los únicos que estaban dentro de la capilla. La multitud esperaba con impaciencia la hora fijada para presenciar el triunfo de Dominiquino. «Abrid las puertas» gritó este; y de repente, como si estas palabras hubiesen sido una señal, todo el fresco comenzó á abrirse, llenándose de grietas y desprendiéndose á pedazos. Un grito atroz, terrible exhaló el desgraciado pintor; dió algunos pasos y cayó sin sentido sobre el pavimento, cubierto con los trozos de sus frescos, porque el malvado Tresiobaldi habia mezclado ceniza en el aparejo que habia usado para la preparacion.

La multitud que habia entrado en el templo se acercó á levantar á Dominiquino, que con una risa horrible hablabla de la gloria de los frescos y de sus hijos.

Diez dias llevaba ya de un continuado delirio, repitiendo siempre palabras inconexas. Al oneno se presentó en su casa un hombre cubierto de un negro sayal, y colocándose al lado de la cama del Diminiquino, pronunció el nombre de Ribera; al oír este nombre, el enfermo se incorporó, levantó los ojos al cielo, y con voz amenazadora gritó tres veces: ¡maldito, maldito, maldito! cerrando despues los ojos para no abrirlos jamás.

— Mujer, dijo el penitente negro á Marsibilia, yo vengaré á Dominiquino Zampieri.

— ¿Quién sois? preguntó Marsibilia aterrada.

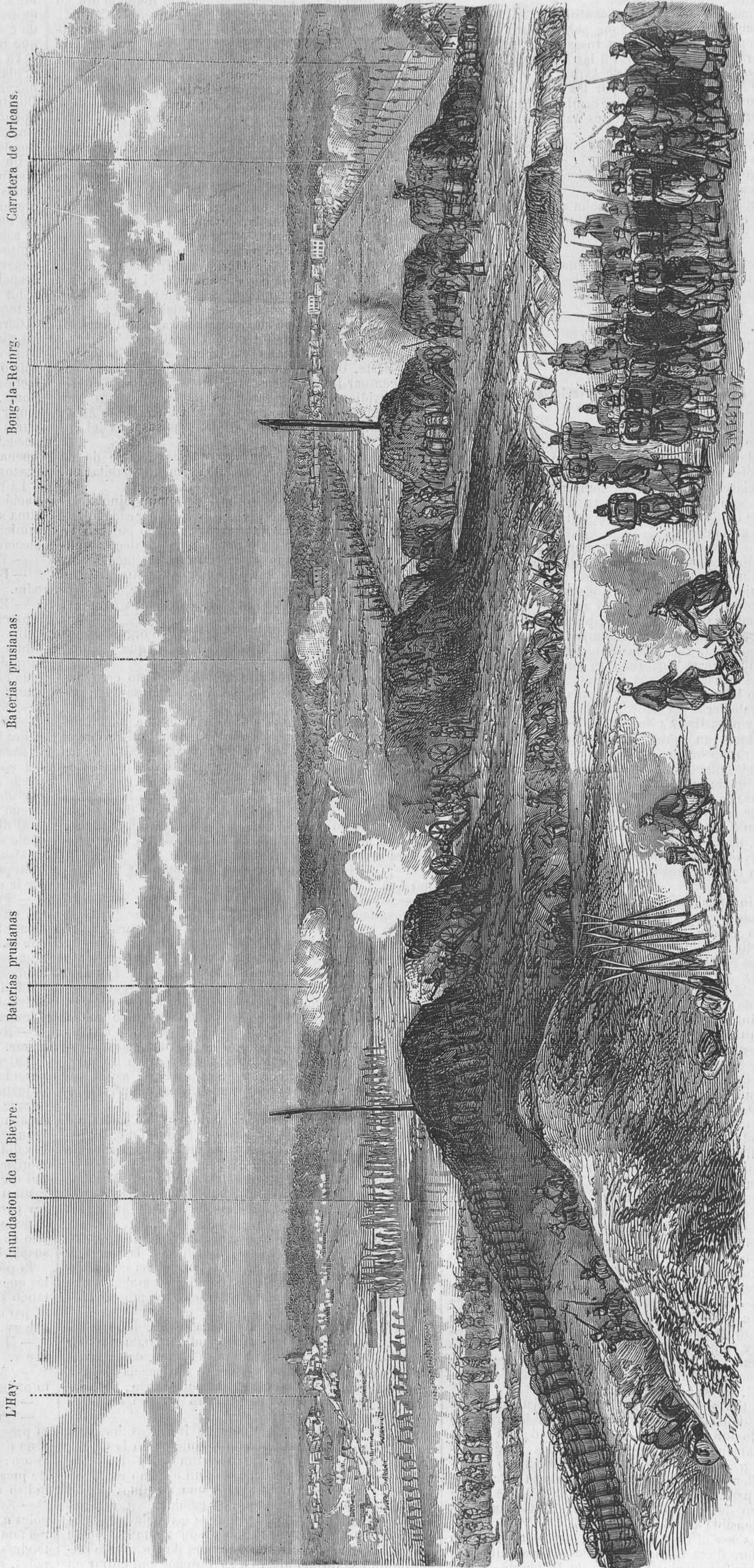
— Ayer, respondió el penitente, era Tresiobaldi, instrumento de tortura de que se servia Ribera para atormentar á Zampieri; pero hoy me llaman el hermano Ambrosio, y soy el que ha de vengar la muerte de vuestro esposo.

Dicho esto desapareció.

Desde el dia fatal de la muerte de Dominiquino, la alegría se entronizó en casa de Ribera, entregándose á las caricias de su hija con tierno abandono; porque los remordimientos no se apoderan del criminal hasta que se agota la embriagadora copa de la venganza.

La muerte del Dominiquino fué un ejemplar demasiado fuerte para que ningun pintor romano osase exponerse á la cólera de los pintores de Nápoles, cólera hábilmente secundada por un poder oculto é infernal. Los trabajos de la capilla fueron otra vez encargados á Ribera, que quiso á fuerza de habilidad borrar hasta la memoria de tan inhumana persecucion. Nada faltó á su gloria, la Academia de San Lucas le abrió sus puertas; el papa le hizo caballero de Cristo, y si alguna vez un recuerdo oscurecia su frente, se desvanecía con la opulencia y con las caricias de su hermosa hija, que era un tipo de beldad

Sin embargo, al tercer aniversario de la muerte de Dominiquino un penitente negro entró en la capilla de san Genaro, y estuvo orando como una hora, retirándose despues. Al llegar Ribera á su trabajo vió escrito con caracteres de color de sangre en su cuadro de san Genaro conducido al horno para su martirio, estas palabras: *Arrepiéntete*:



DEFENSA DE PARIS. — Accion del 29 de noviembre desde l'Hay hasta Sceaux: vista general tomada de la bateria Millaud. — (Véase el parte militar en el N.º 936.)

borró y se puso á trabajar con presteza para quitar del cuadro aquel renglon en que veia una orden y una amenaza.

Poco tiempo despues estalló en Nápoles una revolucion tan rápida y terrible, como una erupcion memorable del Vesubio, la que como todas, ocasionó crímenes espantosos, dejando grabado en la historia napolitana el nombre de un pescador, Tomás Aniello conocido por *Masaniello*.

Ribera lleno de temor se embarcó para España con su mujer é hijas, y al ir á embarcarse oyó una voz que le gritó: *Arrepíentete*. En vano buscaba en su memoria el acento de esta voz, que no le era desconocida. Inquieto y temeroso le parecia oír esta terrible advertencia, entre los gritos del populacho, y no se calmó su temor hasta que el viento que henchia las velas le hizo alejarse de las costas de Nápoles.

Algun tiempo vivió lejos de la gran ciudad que le habia adulado hasta el extremo de dejar impune su delito; pero el temor que tenia al terrible tribunal de la inquisicion, le hizo volverse á Nápoles en 1648, siete años despues de la muerte de Dominiquino. Al desembarcar en Nápoles con su hermosa hija, oyó otra vez la terrible voz que le repitió: *arrepíentete*, porque el cielo no queria dejar por mas tiempo impune al envidioso artista.

El mismo año llegó á Nápoles Don Juan de Austria, no el hijo de Carlos V, el vencedor de Lepanto, sino el hermano Carlos II. Ya estaba sometida la ciudad cuando entró este con grande aparato á hacer alarde de su poder en presencia del envenenado cadáver de Masaniello.

Ribera fué el primero que saludó al pacífico vencedor, y el primero tambien que insultó con el lujo de sus funciones la derrota de los napolitanos. En uno de los bailes que daba en su casa asistió el hijo de Felipe IV, á quien Ribera presentó su hija. Luego que

vió á la hermosa doncella se apasionó violentamente de ella. No pudiendo resistir al deseo de hablarla se decidió Don Juan á sacar á bailar la hija de su imprudente huésped.

En pocas palabras la manifestó su amor, la habló de riquezas, de diamantes, del rango á que la elevaria, y la incauta doncella no supo hacer frente al amante engalanado, que con magníficos vestidos y seductora y torpe mirada engañaba su corazon. Al ver que la supli-

caba aquel cuyo solo nombre hacia temblar á Nápoles, que miraba á sus piés al mismo que marchaba atrevido sobre todo un pueblo, creyó efectivamente que estaba destinada á ser la esposa de un príncipe.

Ribera no vió límites á su ambicion; orgulloso con el favor de Don Juan se vió igualado á los primeros grandes de España, sin acordarse de que Dominiquino fué derribado por él cuando llegó al apogeo de su gloria.

Don Juan volvió á casa del pintor como le habia ofrecido; y un dia favorecido de las circunstancias, se aprovechó, supo alarmar á María Rosa por el temor que esta tenia á su padre, y la ofreció un asilo en su palacio.

Aquel dia un siniestro presentimiento se apoderó del corazon de Ribera. No habia concluido su último cuadro de la capilla de san Genaro, cuando pasó junto á él un religioso y pronunció el nombre de Dominiquino; al religioso seguia un penitente negro, que al llegar al pintor se quitó la capucha y dejó ver el semblante de Dominiquino con todas las señales de la desesperacion; le vió extender sus manos y gritar tres veces: ¡maldito, maldito, maldito! Ribera trémulo y pálido salió de la capilla, llegó á su casa, llama y no le responden; busca á su hija María Rosa y le dicen que Don Juan de Austria se la habia llevado á su palacio, porque era su manceba.

— ¡Mi hija, mi hija, oh venganza!

Y al pronunciar estas palabras una voz fatal detuvo sus gemidos y lo dejó petrificado:

— *Acuérdate de la hija de Dominiquino, repetia.*

Entonces conociendo todo lo que habia hecho padecer á su víctima, los remordimientos atormentaron su alma, dejó sus amigos, se negó al trato, y creyendo calmar su inquietud determinó viajar. Un año habia pasado así hasta que una mañana despues de haber abra-



El general Renault.



SITIO DE PARIS. — Un gurbi prusiano en las líneas de los reductos de Villejuif

zando á su mujer y á la hija que le quedaba, montó á caballo y partió esperando aliviar su amarga situación. Todo el día caminó el caballo á la ventura, porque el Españolito iba absorto en sus tristes pensamientos, y no advirtió que le seguían dos hombres á caballo desde que salió de Nápoles.

Al oscurecer llegó á una posada de Sorrente, pidió un cuarto y se encerró. La noche empezaba á envolver en sus tinieblas el murmullo de la población, cuando la voz fatal que por do quier le perseguía resonó en sus oídos; se levanta aterrado, ensilla él mismo su caballo y huyó al galope. Después de algun tiempo se puso á escuchar y oyó que galopaban detrás de él, detiene el paso y lo mismo hacen los que caminan en pos de él; se para asombrado y no ve á nadie; el nombre de Dominiquino resuena constantemente en sus oídos; vuelve á galopar oyendo siempre el ruido de los caballos, hasta que llegó á un paraje en que ensanchándose el camino se colocaron á sus dos lados dos personas con los rostros cubiertos: el uno cogió las riendas del caballo gritándole *Dominiquino*, mientras el otro no dejaba de repetirle *asesino*.

El día empezaba á iluminar el horizonte y divisaron á muy poca distancia las paredes de un convento. El caballo de Ribera cayó extenuado de fatiga, y los dos enmascarados ayudaron á levantar al pintor, sosteniéndole por los brazos. A los pocos golpes se abrió la puerta del convento, dos religiosas vinieron á recibir al Españolito en aquella mansión de paz. Uno de los que habían seguido al desfallecido pintor se quitó una máscara que representaba el rostro del Dominiquino, la hizo pedazos y se marchó.

— ¡Un sacerdote! dijo Ribera, con voz desfallecida.
— Yo lo soy, respondió el que había quedado, todo lo sé, ven sobre el sepulcro de Dominiquino Zampieri á pedir á Dios para que nos perdone á los dos.

Medio en vilo condujo á Ribera sobre una piedra sellada y lo hizo arrodillar. Concluida la oración Ribera levantó la vista hácia el monge que estaba á su lado despegó sus labios para decir algo, pero no pudo articular palabra y cayó muerto reconociendo á Tresiobaldi.

— Ya lo veis, hermana, dijo el monge á una de las religiosas, Dios ha oído y cumplido la maldición de Dominiquino.

Esta religiosa era Marsibilia.

Ribera fué enterrado en los subterráneos del convento. Tresiobaldi se encargó solo de esta operación, que practicó tan bien, que nunca se pudo encontrar su sepultura. Veinte años trascurrieron sin que nadie volviese á hablar de Ribera, y al cabo de dicho tiempo murió en Roma un monge del orden de los camaldulenses, célebre por su austeridad, pronunciando el nombre de Dominiquino, y en su celda fué donde se encontró la narración que hemos insertado. Este monge era Tresiobaldi, que murió después de una vida ejemplar.

N. L. DE L.

Muerte del general Renault.

La muerte heroica del general Renault y las numerosas pérdidas que han tenido los oficiales franceses, atestiguan que en esta crisis suprema, comandantes, oficiales y soldados demuestran igual denuedo ante el enemigo.

El general Renault cayó mortalmente herido el 2 de diciembre combatiendo á la cabeza de sus tropas.

Los soldados le llamaban Renault *l'Arrière-garde*, tal era su fama de bizarría.

Vamos á resumir sus hojas de servicio.

El general Renault, que entró en la escuela de Saint-Cyr en 1825, era en 1835 capitán en la legión extranjera. Sucesivamente ganó los grados de comandante de batallón y de teniente coronel de zuavos, y en 1843 mandaba el 6º de ligeros.

Nombrado general de brigada en 1846, el general Renault permaneció en Africa de 1839 á 1848, época en la cual volvió á Francia para tomar el mando de una brigada del ejército de los Alpes.

En 1851 ascendió á general de división.

De 1851 á 1859 estuvo otra vez en Africa, donde desempeñó interinamente las funciones de gobernador general.

Durante la campaña de Italia tomó el mando de una de las divisiones del ejército expedicionario, y fué nombrado senador en recompensa de su brillante conducta en Solferino.

Con efecto, el valeroso general Renault era el tipo del verdadero soldado francés: valor caballeresco y abnegación á toda prueba. Así vivió y así ha muerto.

Trasportado al hospital Lariboisiere después de su herida, fué amputado de una pierna, y soportó sin exhalar una queja la dolorosa operación. Dos ó tres días estuvo bien; mas luego llegó la fiebre y la enfermedad hizo alarmantes progresos. Digamos en su honor que el general Renault en su lecho de muerte no pensó nunca en sí mismo. A cada instante pedía noticias del sitio, del ejército en las operaciones comenzadas, y el 6 de diciembre espiró gritando: ¡Viva la Francia!

Por un decreto del gobierno de la Defensa nacional, su funeral se ha celebrado á costa del Estado.

El general Renault ha sido enterrado en los Inválidos,

asistiendo á la ceremonia una porción de generales, oficiales y ciudadanos que habían acudido á pagar el postrer tributo á su acendrado patriotismo. El arzobispo de París pronunció sobre su tumba una corta oración fúnebre en la que propone como modelo á todos los defensores de París.

R. DE M.

Sitio de París.

UN GURBÍ PRUSIANO EN VILLEJUIF.

La guerra de 1870 habrá puesto en evidencia una porción de cuestiones que interesan á la organización militar. El mando con trompeta ó con silbato como en la marina, el uniforme con insignias exteriores ó sin ellas para los oficiales, la supremacía absoluta de la artillería sobre todas las demás clases de armamento, el campamento hecho con tiendas ó con *gurbís* (chozas árabes), todos estos puntos representan hoy problemas resueltos. La experiencia ha hecho mas que veinte años de discusiones.

El gurbí prusiano cuyo dibujo verán nuestros lectores nos permite exponer aquí los dos sistemas de campamento observados por el ejército francés y el alemán, y nos permite también señalar las ventajas de este último.

La ocupación de las posiciones prusianas después de las jornadas del 30 de noviembre y del 2 de diciembre ha hecho que los franceses puedan estudiar ese modo de acamparse del enemigo, y en ese punto como en otros, tienen mucho que aprender y que imitar de sus adversarios.

Los prusianos carecen de tiendas; no se embarazan en su marcha con el pedazo de lienzo y los palos que llevan los franceses. Se ha creído que ese abrigo era muy útil contra el frío, y hasta se ha dicho que por su falta los prusianos debían sucumbir forzosamente á los rigores del invierno. Sin duda se olvidaba que solo en Europa los franceses llevan á la guerra ese estorbo, y que los victoriosos ejércitos de la República y del primer imperio no conocieron nunca el lujo de una tienda. Los prusianos han adelantado mas, le han hecho inútil.

La idea primitiva de las tiendas tuvo origen en Africa y en los abrasados llanos del campo de Chalons, escuelas entrambas detestables para la guerra europea. Los soldados tienen un equipo como si la tierra estuviese en todas partes tan pelada como en Africa. Los prusianos, con una noción mucho mas exacta de las condiciones geográficas de la Europa central, han sabido sacar partido de los recursos naturales. Marchan, se acampan y se establecen lo mas posible en los bosques, no por táctica, sino por razón de bienestar. En los bosques, no tienen que aguantar el calor en los días de verano, y el frío les incomoda menos en las noches de invierno. Los matorrales bajos abriga á los soldados y los altos impiden el enfriamiento de la tierra. El bosque en invierno como en verano conserva una temperatura siempre moderada, sin contar que pone al alcance del soldado la leña y la hojarasca, y que oculta sus fuegos.

En el verano el gurbí del alemán es un cenador como los de Villejuif que representamos y como los que se han visto en el camino de Villiers; pero en invierno el soldado hace un agujero en forma de embudo muy abierto, guarnecido con la tierra que sacan del fondo; su cavidad es tal que un hombre de estatura ordinaria puede acostarse en él con las piernas un poco dobladas. La cabeza no pasa del borde circular que rodea el hoyo. El fondo es plano y en medio hay algunas piedras que constituyen el fogón donde se hace la comida. Las paredes están revestidas de tablas cuando se encuentran al rededor de la lumbre. Por la noche los prusianos, envueltos en sus pesados capotes, se recuestan en orden contra la pared, teniendo la cabeza resguardada del viento por el borde del hoyo y los pies cerca de las cenizas calientes, pues cuando se hallan en presencia del enemigo, los prusianos no encienden hogueras.

Si las tropas permanecen algun tiempo en el mismo sitio, el gurbí se hace mas confortable y hasta se nota cierta elegancia en esa madriguera. Las paredes se hacen mas blandas con musgo, y á veces se dibuja en el borde un elegante festón de ramajes entrelazados. A veces un techo, lujo excesivo, cubre el gurbí, que casi se halla transformado en una bonita habitación campestre.

Bajo el concepto puramente militar, el campamento prusiano es excelente contra el viento y el frío. En cuanto á la lluvia, se desliza sobre los capotes de los hombres bien apiñados; el declive de las paredes del gurbí impide que se empapen y en suma, los soldados, cerca de un fogón caliente, y tendidos sobre ramajes que les separan de la tierra húmeda no están peor que sobre la tierra llana empapada por el agua que corre por las paredes de las tiendas de los franceses.

El primer día de batalla se pudieron ver en la planicie de Villiers los inconvenientes de las hogueras nocturnas. El primero, y seguramente es el menor, consiste en descubrir las posiciones ocupadas, dando sobre ellas el enemigo todas las noticias necesarias para combinar su ataque. Cuando el ejército del general Ducrot volvió á pasar el Marne, los prusianos, desde las seis de la tarde, pudieron hacerse cargo de que las tropas ha-

bían desalojado las alturas, porque ya no se veían hogueras.

Pero hay mas aun. Los soldados reunidos en torno de esas hogueras no duermen, y al cansancio del día añaden el de una velada bulliciosa. Pocos son, en efecto, los que descansan: se forman en corro al rededor de la lumbre todos tendidos del mismo lado, cada cual con la cabeza apoyada en las piernas y la cadera de su compañero y sirviendo también de almohada al que le sigue. Sin embargo, la mayor parte de ellos en lugar de dormir, hablan, se cuentan las proezas del día y las esperanzas de la jornada próxima; toman café, beben y hasta se rien, en tanto que á lo lejos se dibuja la silueta de los enfermeros que recogen los últimos muertos.

Ahora bien, á la otra mañana los hombres están cansados por un día de acción y una noche pasada en vela, en tanto que el enemigo que ha economizado sus fuerzas gracias á la ausencia de hogueras y á la oscuridad que provoca al sueño, tiene en los combatientes de la víspera tropas frescas.

Sobre este punto preciso es convenir que los prusianos se arreglan mejor que los franceses. Pero es de creer que estos aprovecharán la lección. Ya algunos soldados han podido instalarse sin sus gurbís y se han encontrado perfectamente. Que se imite pues, este sistema.

P. P.

Revista de París.

El gobernador de París ha dicho á los parisienses en una proclama breve y enérgica que no capitulará. Esta declaración no es cosa nueva: el gobierno de la defensa nacional que tanto ha hecho, que tanto está haciendo en favor de la resistencia á todo trance, tiene que ser consecuente consigo mismo en estos momentos supremos. Efectivamente, hemos llegado á la gran crisis. París que desde hace cuatro meses vive encerrado dentro de sus murallas sufriendo cada día con un valor heroico mayores y mas terribles privaciones, sin víveres suficientes, luego sin combustible, ahora con pan negro y escaso, París, decíamos, no podía intimidarse ni menos inclinarse á la rendición porque los prusianos se deleitan desde el 5 de enero en cubrir de bombas perfeccionadas para la destrucción los barrios inmensos y populosos de la orilla izquierda del Sena. Al contrario, este cruel bombardeo que ha hecho ya tantas víctimas inocentes, emprendido sin aviso previo, hecho inusitado en los anales de las guerras, debía exasperar á la población contra ese implacable enemigo que envía la muerte con una predilección estudiada á los colegios de niños que tanto abundan en los barrios bombardeados, á los establecimientos de instrucción y de beneficencia.

El Museo de historia natural, la Sorbona, la Escuela Normal, la de Francia, los liceos Corneille y Descartes, el Observatorio, el Museo de Cluni, la Biblioteca de Santa Genoveva, los hospitales de la Pitié, del Val de Gracia, de los Niños Enfermos, etc., etc., son otros tantos blancos para las baterías prusianas. Los habitantes de todos esos distritos se refugian en los de la orilla derecha del río ó viven en las cuevas de día y de noche, pues la lluvia de proyectiles, con mas ó menos fuerza, no cesa un momento.

El nuevo emperador de Alemania se está tejiendo así su corona de laureles.

Es una guerra de exterminio, ya no es posible dudarlo, porque se declara sin rodeos y porque los hechos lo confirman del modo mas concluyente.

Con efecto, los diarios oficiales del gobierno prusiano nos dicen en todos los tonos que esta guerra no se acabará hasta el día en que los nidos del gobierno llamado de la defensa nacional hayan sido destruidos, y los franceses en estado de empuñar las armas aniquilados y la riqueza material de la nación convertida en ruina.

No hay aventureros como los que se han agrupado en torno de Garibaldi, no hay salvajes en Africa que no sean superiores á los franceses en civilización, en humanidad y en respeto á la fe jurada. Resumen: contra la guerra de raza no hay mas que un remedio, el exterminio.

Y este remedio aplican á la Francia los prusianos.

Pero ¿por qué este aumento de crueldad, y este furor de los ejércitos alemanes?

¿Será que empezarán á ver que la guerra con la República tiene otro carácter que el que presentó con el imperio? ¿Que es mas fácil vencer á los ejércitos mal organizados, que á las masas populares que se levantan en defensa de la patria?

Puede ser muy bien que se halle aquí el secreto de esa exacerbación que notamos en los numerosos ejércitos del nuevo emperador de Alemania.

Quizás las victorias con que los franceses han inaugurado el año 1871 les causan un pavor muy fundado en cuanto al desenlace final de la guerra, que pareció tan claro después del desastre de Sedan y que cada día que transcurre se

ofrece á la vista de los prusianos mas cargado de nubes, mas ocasionado á golpes terribles.

Siempre lo hemos dicho, y los acontecimientos nos van dando razon: en la prolongacion de la lucha reside la salvacion de la Francia.

Vemos con gran placer que el gobierno de la República lo comprende así, y que lejos de intimidarse anuncia su firme propósito de combatir sin tregua ni descanso, y confirma en sus declaraciones su programa de no hacer concesion alguna al enemigo. La Francia debe conservar intacto su territorio, al fin de la guerra, lo cual quiere decir que saldrá triunfante, porque no de otro modo la Alemania volverá á encerrarse en sus fronteras sin recoger lo que llama el fruto de sus victorias.

Así pues, el bombardeo de Paris es nulo en cuanto al resultado de intimidacion que los prusianos se prometian; así como su sistema de vejaciones, de rapiñas y de asesinatos en los países invadidos tampoco produce otro efecto que el de hacer correr á las armas á los ciudadanos de todas las clases.

Los abusos de fuerza que están cometiendo los prusianos en todas las provincias por donde pasan parecen increíbles y tenemos que verlos afirmados en un documento oficial firmado por M. Chaudordy, delegado del ministro de Negocios extranjeros, y dirigido á los representantes de la República en el extranjero, para no pensar que son puras invenciones.

Los soldados se apoderan de cuantos objetos de valor encuentran en las casas, los cargan en carretas y en las mochilas y esperan la ocasion de enviarlos con toda seguridad á Alemania. A las personas ricas las imponen rescates que á veces ascienden á 80,000 frs. Cuando un pueblo cualquiera se resiste se ordena el saqueo y el incendio; toda casa que ha servido de albergue á un franco tirador es incendiada. El que intenta franquear las líneas prusianas, aunque pruebe que no tenia otro fin que el de atender á sus negocios privados paga con la vida. En suma, su propósito es aterrorizar á las poblaciones para neutralizar toda intencion de resistencia.

El documento donde se relatan estos hechos atroces llevados á cabo con la regularidad y la disciplina de que hacen alarde los ejércitos prusianos, señala además un sofisma que sin duda será el asombro del mundo civilizado.

Los alemanes pretenden que toda ciudad que se defiende es una plaza de guerra, y que puesto que se bombardea, tienen despues el derecho de tratarla como una fortaleza tomada por asalto.

Bajo este concepto, lo primero que hacen á su entrada es inundar de petróleo las puertas de las casas que despues prenden fuego.

Las materias inflamables vienen ya preparadas de Alemania, y el soldado vencedor no tiene mas trabajo que el de aplicarlas cuando se lo mandan sus jefes.

Por ultimo, no hay crueldad, ni ultraje, ni profanacion de que no se hayan hecho culpables los prusianos.

Y todo esto, como hemos apuntado, es lisa y llanamente la consecuencia de un sistema bien reflexionado que se practica con un rigor científico. Las prisiones arbitrarias se decretan en el cuartel general, se ordenan las crueldades como un medio de intimidacion, las requisiciones, los bombardeos, los incendios, todo es premeditado. Con razon dice M. Chaudordy que semejantes horrores hacen de la guerra actual el oprobio y la afrenta de nuestro siglo.

Todo esto demuestra bien claro á los parisienses cuál sería su suerte en el caso terrible en que la rendicion de la ciudad llegara á ser inevitable.

Las hordas del rey Guillermo, ávidas de botin, aplicarian á la capital de Francia ese sistema de saqueo regularizado que les produce tantas riquezas. Las requisiciones, los impuestos, las mil exigencias del soldado victorioso que combate con un fin de rapiña tan manifiesto, se sucederian en Paris con escándalo del mundo civilizado que, sin embargo, asiste impasible á semejantes escenas.

Afortunadamente no hay nadie que no viva en esta conviccion y la resistencia llegará hasta el último extremo.

Despues se cuenta con el auxilio de los ejércitos de provincia que la delegacion de la República ha sabido improvisar en estos últimos meses, y á cuya cabeza se hallan hombres como los generales Chanzy, Faidherbe, Bourbaki, etc., que han dado ya grandes pruebas de pericia y valor, en repetidos encuentros.

Naturalmente nuestras noticias sobre estos ejércitos libertadores son incompletas; pero de todos modos, reuniendo los datos que han podido llegar hasta nosotros, sacamos en conclusion que aquellas fuerzas se elevan al guarismo formidable de ochocientos mil hombres repartidos del modo siguiente:

Chanzy, 200,000; Bourbaki, 150,000; Faidherbe, 100,000; Briand, 40,000; Bressolles, 40,000; Garibaldi, 30,000; Moulac, 30,000; ejército en formacion, francos tiradores, etc., 210,000 hombres.

Los informes mas recientes que tenemos sobre las diferentes operaciones de estas fuerzas son del 31 de diciembre en un despacho de Gambetta á Jules Favre, que contiene los pronósticos mas lisonjeros.

El activo ministro que con tanto celo se ocupa en organizar la defensa nacional, despues de darnos parte de varias acciones, que aunque sin carácter decisivo, han sido muy

favorables á las armas francesas, añade que podemos considerar sin ninguna zozobra el estado respectivo de las fuerzas de Francia y Prusia.

Las probabilidades en favor de Francia aumentan cada dia; los prusianos han perdido cerca de medio millon de hombres desde su entrada en campaña, su material de guerra ha disminuido y se ha alterado con el uso; los fusiles franceses les causan crueles pérdidas, y ya en la actualidad tienen presentimientos de un fatal desenlace, como lo prueba la última proclama del rey Guillermo, en la que reconoce que la guerra ha entrado en un nuevo período, y que, gracias á esfuerzos extraordinarios, la Francia puede oponerle cada dia nuevos ejércitos.

No todo se ha concluido en Sedan y en Metz, ya principia á notarlo el rey Guillermo

"El ministro Gambetta nos pinta á la Francia decidida á luchar hasta la victoria mas absoluta, asegurando que aun las derrotas que cada dia son menos probables, inflamarian mas y mas ese sentimiento patriótico que la anima en todas partes.

En dos meses ha habido un cambio considerable: el ejemplo de Paris ha transfigurado á todos los franceses, y si Paris sucumbiera, un grito de venganza saldria de todos los pechos.

Pero Paris no sucumbirá, añade el entusiasta ministro, haciéndose eco en esta afirmacion de lo que piensan generalmente los franceses.

Los alemanes, que juzgan ya por los primeros resultados, lo que vale la iniciativa de un hombre decidido y enérgico como Gambetta, le colman de maldiciones todos los dias y se atreven á escribir en sus periódicos, que hasta que se haya ahorcado á ese agitador incansable que pone en movimiento á todo el país, la paz no será posible.

Comprendemos perfectamente la execracion que inspira á los invasores el nombre de Gambetta. Sentado el precedente de que todo francés que resiste á los prusianos comete un crimen imperdonable, ¿cuál no será, pues, el del hombre que en el espacio de tres meses ha contribuido tanto á poner sobre las armas tan numerosos ejércitos?

Despues tiene sobre sí otro pecado no menos mortal para los soldados del rey feudal y es el de sus sentimientos republicanos. Logrado el doble propósito del gobierno actual, la expulsion del extranjero y el afianzamiento de la República, la Alemania habrá sufrido una doble derrota. ¿Cómo dominará en el mundo su preponderancia militar y aristocrática cuando la Francia regenerada por la lucha esparcirá por todas partes la idea democrática tan seductora en todos los pueblos? ¿La misma Alemania no tendrá nada que temer de esta propaganda pacífica en sentido republicano? Es seguro que esta consideracion influye poderosamente en esas determinaciones de guerra desesperada y de exterminio que se toman en el cuartel general de Versalles.

Gambetta dirige á la par la organizacion militar y el movimiento en favor del nuevo orden de cosas.

El dia de Año Nuevo ha habido en Burdeos una imponente manifestacion de mas de cincuenta mil personas, dirigida á probar su adhesion al gobierno de la República.

El ministro pronunció un discurso en el balcon de la prefectura y estuvo tan elocuente y brillante como de costumbre.

Con mucha oportunidad recordó que el hombre que tan miserablemente ha concluido su existencia política en Sedan, habia pronunciado en la misma ciudad de Burdeos aquella memorable impostura que dió la vuelta al mundo, el imperio es la paz. Por haber creído en semejante palabra sufre hoy la Francia la invasion extranjera que la amenaza con la ruina y la deshonra; pero en el instante en que se pudo creer que iba á desaparecer la gran nacion, se presenta por tercera vez en la historia la República y ella carga con el deber, el honor y el peligro de salvar á la Francia.

En breves y sentidas palabras enumera el ministro lo que ha hecho el gobierno aclamado en Paris el 4 de setiembre, cuando se encontró con los arsenales vacíos, el ejército prisionero en su mayor parte, los recursos de toda especie diseminados, dos poderes, uno cautivo y otro fugitivo, por último, una Cámara incapaz por su pasado servilismo de apoderarse del timon del Estado; era una ruina casi completa; mas sobre esos escombros el nuevo gobierno supo organizar la defensa, mantener el orden, elevar, en fin, la bandera de la Francia.

Ahora bien, los hombres que han emprendido tan árdua tarea, solo anhelan una cosa, bajar del poder, cuando hayan realizado su programa, que es la expulsion del extranjero, para someterse al fallo de sus conciudadanos.

Paris ha leído con emocion este patriótico lenguaje tan lleno de esperanzas y en medio de los horrores que sufre al cabo de cuatro meses de incomunicacion con el universo, presiente cercano el dia en que los ejércitos organizados en las provincias se abrirán un paso al través de las líneas prusianas.

Entre tanto, ya lo hemos dicho, nada quebranta su resolucion de llevar la resistencia hasta los últimos límites. Y sin embargo, el ataque no se interrumpe: ahora mismo, en medio del dia, en la tarde del domingo 15 de enero, escribimos sin cesar de oír el estrépito de los cañones.

Toda la noche el bombardeo ha sido terrible; ya puede

decirse que hay pocos barrios en la orilla izquierda del Sena que se hallen al abrigo de los proyectiles. Las víctimas son muchas. Hoy mismo el gobierno publica un cuadro detallado de las desgracias personales y materiales causadas por el bombardeo del 5 al 13 de enero, y resulta que se cuentan ya 51 muertos y 138 heridos. De los primeros son 18 criaturas, 12 mujeres y 21 hombres; y entre los segundos hay 21 criaturas, 45 mujeres y 72 hombres, lo que forma el total de 39 criaturas, 97 mujeres y 93 hombres.

La historia consignará estas cifras como un baldon eterno para esa Alemania, que aplica toda su ciencia á perfeccionar los medios de destruccion de sus semejantes.

MARIANO URRABIETA.

Los muertos franceses

EN LAS BATALLAS DEL 30 DE NOVIEMBRE, DEL 4º Y 2 DE DICIEMBRE.

M. de la Grangerie, secretario general de las ambulancias de la prensa, comisionado con el doctor Serrazin, médico del segundo cuerpo de ejército para recoger muertos franceses de las avanzadas prusianas, despues de las batallas del 30 de noviembre y del 4º y 2 de diciembre, para lo cual se habia convenido en una suspension de armas de tres dias, ha escrito la interesante relacion que á continuacion traducimos:

Martes por la mañana.

Salimos de Paris al amanecer y el convoy camina en el mejor orden. A veces volvemos la cabeza y la vista de los pesados carros cargados de azadas, precedidos de los sepultureros y seguidos por los hermanos con su negra vestidura nos llenan de tristeza, es la librea del luto y el séquito de la muerte.

Avanzamos por entre ruinas; la naturaleza aparece desolada, una densa bruma nos envuelve. Aquí árboles cortados, allí casas ruinosas; mas allá centinelas inmóviles... El Marne corre sin ruido bajo los puentes de barcas. Despues de Joinville que está desierto, vemos á Poulangis detrás de su barricada: una ancha trinchera se abre delante de nuestras líneas, y á derecha é izquierda hay casas ocupadas por los movilizados. Allí se encuentra el estado mayor.

Nos detenemos un instante para hablar con el comandante M. de André, un capitán de fragata de semblante inteligente y grave, acompañado del edecán alférez de navío Cabanellas.

Acababa de tener efecto una escaramuza, en la cual habíamos tenido 25 hombres fuera de combate; quizás era imprudente avanzar, pero nadie hace caso y avanzamos.

Por fin estamos en la Fourche ó enrujecida del camino. Nuestros dos trompetas á caballo se separan á los lados, el uno agita la bandera blanca y el otro hace resonar los toques de uso.

Nosotros ocupamos la mitad del camino.

A la izquierda distinguimos dos cadáveres y á la derecha hay un prusiano muerto recientemente de un balazo en la cabeza.

Delante está la posada de la Fourche arruinada por las bombas.

Nada asoma en el horizonte.

Los hermanos no resisten á la tentacion de hacerse útiles y no obstante la consigna, van á recoger los primeros muertos.

De repente oímos un galope que nos anuncia la presencia de los parlamentarios enemigos. Son dos jóvenes oficiales del estado mayor wurtembergense que agitan sus pañuelos en cuanto nos distinguen.

Salimos á su encuentro, entablamos la conversacion en francés y aquellos oficiales nos dicen que no saben nada del armisticio y que van á volverse á tomar órdenes.

En aquel instante una docena de balas prusianas pasan silbando por encima de nuestros kepis.

Esperamos un rato, no muy largo, y llega un capitán de estado mayor con los poderes necesarios.

Pronto se concluye la suspension de armas y se estipulan las condiciones verbales del tratado.

Los sesenta hermanos de la Doctrina cristiana penetrarán en las líneas prusianas y recogerán los muertos; soldados del tren reemplazarán á los cocheros en los pesantes y traerán los cadáveres á la zanja.

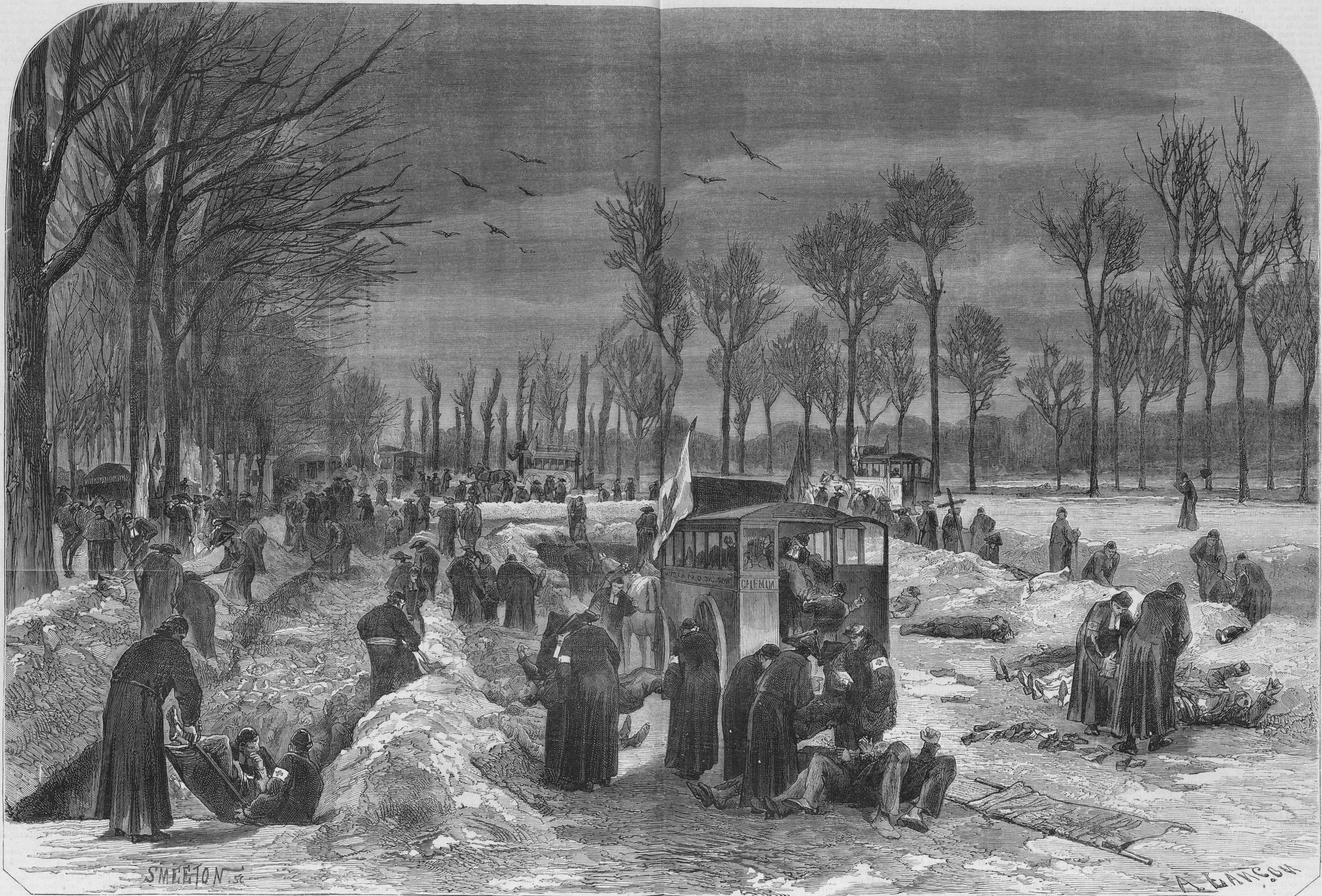
Se dirigen hacia el ferro-carril y yo solo recibo permiso para acompañar á los grupos de trabajadores.

Entre tanto se abren las zanjas fúnebres.

Apenas penetramos en los campos guiados por nuestros enemigos, y ya podemos convencernos de que la cosecha será abundante; por do quiera la vista tropieza con cadáveres.

Los forman en fila á lo largo del rail-way y cambiamos algunas palabras con el capitán Sarwey, quien nos pregunta sobre el estado moral de Paris, sus recursos y su constancia para sufrir tan larga y penosa prueba.

— Mucho me sorprende lo que estoy oyendo, me dice; conozco bien á los parisienses por haber vivido entre ellos y no imagino que su facilidad para aceptar



SMELTON sc

A. LANGON

SITIO DE PARIS. — Entierro de los muertos en las batallas del 29 de noviembre, al 2 de diciembre, en el ángulo formado por el camino de Villiers y el del Tremblay, cerca de Champigny.

las privaciones es hija de una ley de contraste; las privaciones de un sitio cambian la vida y eso les gusta.

— Capitan, respondí, en la firme actitud de la población hay algo más de lo que creéis, hay un sentimiento profundo del deber, un amor sincero á la patria y un odio muy vivo contra el extranjero.

— Sí, pero no durará mucho; os debe parecer duro comer perros y ratas.

— No toméis por lo serio las cosas de los periódicos; comemos perros y ratas porque queremos, como antes de la guerra comíamos nidos de golondrinas. Nos quedan más de 40,000 caballos y llegaremos hasta el mes de abril sin demasiadas privaciones...

... A este punto llegábamos de nuestro coloquio cuando le interrumpió una bomba enviada del reducto de Saint-Maur. El proyectil estalló á pocos pasos de nosotros y le siguieron cuatro más en cortos intervalos.

El grupo de los hermanos se replegó en buen orden, y á un silbido acudieron también los trabajadores.

El capitán no parece ya el mismo hombre. Se vuelve hacia nosotros con aire amenazador y nos declara que si alguno de los suyos ha sido herido lo pasaremos mal. Afortunadamente no hubo nada.

Sin embargo, no puede continuarse la tarea. Acabamos por hacer comprender á nuestros adversarios que ha habido un error y convenimos en que yo volveré solo al otro día con un trompeta y la bandera parlamentaria.

Miércoles por la tarde.

Estamos al fin del día y no se ha concluido el trabajo. Esta mañana el capitán Sarwey y yo cambiamos la estipulación siguiente:

« El infrascripto acaba de hacer un convenio con el plenipotenciario francés, á fin de entregar los muertos diseminados en el campo de batalla. Desde este instante cesará el fuego en toda la línea entre Noisy y Ormesson hasta esta tarde á las cinco. Se comprenden en esta línea los fuertes de Nogent, la Faisanderie, Gravelle, el reducto de Saint-Maur y las baterías de campaña colocadas en la misma dirección. Tampoco se tirará de Avron contra Noisy.

» Firmado: el capitán de estado mayor,

» SARWEY.

» DE LA GRANGERIE. »

Esta vez no nos permitieron atravesar la línea de las zanjas y los trabajadores abrieron dos grandes fosas paralelas, entre las cuales se abrió otra más pequeña para los oficiales. Los furgones llenos de cadáveres nos eran entregados por los soldados del tren que los traían de Petit-Bry, de Villiers y de Champigny. Se llevaban los carros cerca de las zanjas y se sometían los cuerpos alineados á un minucioso examen. Los hermanos inclinados sobre el cadáver, examinaban los pliegues de la ropa, volvían los bolsillos y quitaban las levitas y los zapatos que aun podían servir á los vivos. ¡Hay tantos que tienen frío!

Nunca olvidaré aquel espectáculo, ni el celo cristiano de aquellos humildes trabajadores empleados en tan triste tarea. Las ambulancias están representadas dignamente por un estado mayor de jóvenes y de ancianos que no faltan nunca al servicio. Después del combate el entierro, después de las punzantes impresiones del campo de batalla la dolorosa impresión de los funerales. Apuntan los nombres y señas de los difuntos y recogen piadosamente todas sus reliquias.

Lo que más llama mi atención es el considerable número de medallas y escapularios que se encuentran. Un capitán de zuavos tiene un rosario en el bolsillo, un comandante guarda medallas de la Virgen en su cinto. Alguna mano piadosa ha pensado en los peligros del combate.

Los oficiales prusianos y nosotros cambiamos algunas palabras. Nos dicen que los prusianos ocupan otra vez Orleans y nosotros respondemos que París resistirá todavía mucho tiempo.

— Corriente; pero así como vosotros estuvisteis once meses delante de Sebastopol, así también nosotros estaremos delante de París todo el tiempo que sea necesario.

— Las condiciones no son las mismas, murmura un anciano gendarme que lleva en el pecho la medalla de Crimea.

... Cierra la noche: no se han recogido más de 380 cadáveres y aun faltan. Nos separamos hasta el otro día sin llenar las zanjas que se quedan al cuidado de los centinelas.

Jués.

Está nevando de firme y el paisaje se extiende hasta perderse de vista como un mar infinito.

Cuando atravesamos por Vincennes nos cruzamos con grupos de movilizados; algunos jinetes cortan á lo lejos las líneas del horizonte; el camino está muy resbaladizo y las columnas de humo que se elevan por entre los árboles señalan un campamento.

Todo esto recuerda la espantosa retirada de Rusia. Llegamos al árbol 89 que marca el límite prefijado á los parlamentarios.

Sacan la nieve de las zanjas y comienzan á echar cal viva sobre aquellos restos informes.

¡Dios me preserve de volver á ver un espectáculo semejante!

— ¡Sobre estos cimientos se fundan las monarquías! dice uno.

— Pues yo declaro, contesta un compañero, que aquí falta una cosa.

— ¿Cuál es?

— Una guillotina para quitar la vida en ella á los autores de esta guerra infame.

— Señores, exclama otro, echad una ojeada á este dibujo del cuadro que tenemos delante; él solo es una protesta suficiente contra los horrores de la guerra.

Nuestros lectores juzgarán. Por mi parte veo con horror esa escena en que el artista ha sabido fijar de un modo tan exacto las impresiones de nosotros todos. Esos miembros retorcidos, esas bocas desfiguradas, esos semblantes en que las heladas han estampado sus placas rojas, esas cejas cubiertas de nieve endurecida, esos informes restos de la lucha, mutilados y carbonizados, ese espantoso lecho que llenarán de cal viva dentro de un instante; todo ese monstruoso cuadro no se borrará jamás de mi memoria. Nada falta en la pintura; ni los copos blancos que siguen cayendo, sudario immaculado sobre ese lodo humano, ni la negra vestidura de los resignados sepultureros que se inclinan por última vez sobre la tierra removida para recitar el *De Profundis*, ni la cruz lúgubre donde á la claridad del crepúsculo pueden leerse aun estas tres líneas blancas:

AQUI YACEN

SEISCIENTOS OCHENTA Y CINCO SOLDADOS FRANCESES
MUERTOS EN EL CAMPO DE BATALLA.

Y por el otro lado:

ENTERRADOS POR LAS AMBULANCIAS DE LA PRENSA
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1870.

Nuestros enemigos y nosotros estábamos demasiado conmovidos para poder hablar mucho á la hora en que sa acababa el armisticio; nos saludamos friamente, ellos tomaron el camino de Villiers y nosotros el de Paris.

Hace una noche negra y el convoy se vuelve lentamente hacia Vincennes dejando detrás á los muertos gloriosos enterrados piadosamente, mártires ignorados de la santa causa que defendían, muertos por la patria y recibidos sin duda allá arriba por la infinita misericordia de Aquel que eleva á los humildes y rebaja á los triunfadores.

DE LA GRANGERIE.

Champigny 9 de diciembre de 1870.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 936.)

XXI.

UN ESPECTADOR ORIGINAL.

Dos veces después de los sucesos que acabamos de contar en los capítulos precedentes, hé aquí cuál eran las respectivas posiciones de nuestros personajes:

Gracia Garden recibía cada semana una visita de Enrique Little y le veía también de tiempo en tiempo en los salones de Hillsborough.

La presencia del que amaba había bastado para restablecer su salud y sus mejillas habían recobrado su hermoso color de rosa.

M. Coventry por su parte, visitaba frecuentemente á la joven, que le hacía buena acogida, sea porque su felicidad la hiciera compasiva, sea porque sintiera que tenía faltas que hacerse perdonar del enamorado despedido.

En cambio M. Coventry se mostraba inofensivo y afectuoso.

Como un actor consumado poseía el arte de fingir la resignación, en tanto que interiormente le devoraba la rabia y no buscaba más que una ocasión de perder á su rival.

Enrique Little trabajaba más que nunca en sus invenciones.

Imitando los ejemplos que había recogido en alto lugar, había recurrido á un intermediario que, valiéndose también de otras personas, le había proporcionado á peso de oro un privilegio del gobierno, y así había obtenido en sesenta días lo que un inventor podría hacer en veinte y cuatro horas en un Estado bien organizado.

Habíase asegurado la explotación de un procedimiento para afilar sierras en Inglaterra, en el Canadá y en los Estados Unidos.

Además había inventado un sistema de fabricación de hachas; pero no sacó patente para esta última invención, prometiéndose que hallaría una remuneración su-

ficiente en el monopolio que le aseguraba para los primeros meses la prioridad del uso.

La simple prioridad en punto á invención es con frecuencia una ventaja, y en este caso el inventor no tiene que pagar ningún derecho, ni tiene que sufrir el contacto de esos intermediarios que le hacen perder su tiempo y dejar su dinero en las antecámaras oficiales.

Sin embargo, Enrique notó muy luego una cosa, y es que necesitaba un capital más considerable para explotar sus invenciones.

Consultó á su oráculo ordinario, el doctor Amboyne, quien le dijo:

— La invención literaria ó mecánica es el mejor esfuerzo que puede hacer la inteligencia. Es una operación absoluta que no deja al hombre la facultad de pensar en otra cosa. El inventor debe tomar un socio que cargue con las dificultades materiales de la tarea, y así puede tener sus abstracciones, sus entusiasmos y desfalecimientos, sin que la empresa peligre. Su socio trabaja por él. Buscad pues, un capitalista, advirtiéndole que no necesitáis un hombre que os dé su dinero y se cruce de brazos, sino un socio que ponga manos á la obra. Quizás será difícil hallarle.

Con arreglo á este aviso Enrique marchó á Londres, pero no tardó en convencerse de que el personaje indicado por Amboyne era en realidad muy raro.

Primeramente tardó mucho en descubrir á los capitalistas que consagraban fondos á esta clase de operaciones; y cuando consiguió descubrirlos, los halló muy fríos para el negocio, en razón á que últimamente se habían llevado sendos chascos con los inventores.

Por más que Enrique insistió y probó con cifras que sus máquinas de afilar sierras debían producir 300 por 100, apenas le escucharon; presentó los dibujos de sus máquinas, y aquellos á quienes se dirigía ni siquiera quisieron echarlos una mirada.

En suma, no era oportuno, y debe tenerse presente que en toda cuestión la oportunidad es á menudo más importante que el fondo de la cuestión misma.

Nuestro inventor salió de Londres y marchó á Birmingham, donde se prometía ser más dichoso.

En una de las estaciones y cuando ya el tren se ponía en marcha, un hombre se metió en el wagon de tercera, donde estaba Enrique, no obstante los esfuerzos de un empleado que quería impedir aquella infracción á los reglamentos.

Este personaje, que parecía muy agitado, así que estuvo en el wagon, cambió de idea y pareció querer apearse, cuando el tren llevaba ya toda su velocidad.

Enrique le asió fuertemente por medio del cuerpo y le hizo sentar á su lado diciéndole:

— Es una locura que os expongas así.

— ¿Sabeis á quién habláis, joven? dijo aquel hombre.

— No. ¿Sois el emperador de la China?

— Sabed que soy Ben Bolt, un hombre duro.

— Por duro que seáis, os ablandareis el día que queráis apearos de un tren que está en marcha.

— Muchas personas se han matado así, dijo una señora gruesa y dotada de la voz más aguda que puede oírse.

M. Bolt miró á la señora que acababa de hablar y la dijo con cierta ironía:

— Pues si yo me mato así, os lo escribiré por el correo. ¿Teneis un pretendiente?

— Tengo un buen esposo, dijo la matrona, designando á un vecino que leía un periódico.

— Lo siento, replicó Bolt, pues acabo de llegar de Victoria con los bolsillos llenos de plata. ¿A dónde pensáis que voy ahora? A Chester, á ver á mis padres para probarles que tenía razón. Querían enviarme á la escuela y yo no quería, lo que me costó sendos latigazos; pero en fin me salí con la mía y no aprendí nada. Un día les dije que me dieran 50 libras y permiso para correr mundo, no me hicieron caso, reñimos, hasta que intervino mi tío, me dió las 50 libras y me dijo que marchara al diablo y que no volviera nunca. Yo me fuí á Sidney y en nada de tiempo doblé las 50 libras. Luego compré un rebaño de carneros y saqué diez veces mi capital. Llegaba mucha gente á buscar oro, y esta industria daba origen á una porción de industrias mucho más productivas que la de abrir la tierra para recoger algunas pepitas del precioso metal. En suma, he ganado 40,000 libras vendiendo la limonada más detestable que se ha vendido nunca en las minas, por polvo de oro. Buen negocio, ¿no es verdad?... Y ahora vuelvo á ver si puedo acostumbrarme á mi país y á sus usos... Veinte años hace que no veo á mi familia...

— ¡Ay! exclamó la señora, veinte años es mucho tiempo. Es de esperar que no encontrareis á vuestros parientes muertos y enterrados.

— No digáis eso, señora.

Y al pronunciar estas palabras el rudo aventurero, se estremeció.

Sin embargo, se repuso prontamente y prosiguió con un tono más imperioso.

— Si están muertos me enfado. No me habléis de los débiles y de la gente sin corazón. Yo no hago caso ninguno de los que se mueran antes de ochenta años.

— ¡Cielos! No habléis así, no sea que caigan sobre nuestro tren los rayos del cielo.

— Tengo una probabilidad contra vos, señora, y vos teneis dos contra mí.

— Es verdad, contestó la señora gruesa; yo estoy acompañada de mi marido y vos sois soltero.

— ¿Qué sabeis vos?

— Lo he adivinado sin trabajo; una buena mujer habría suavizado vuestro carácter.

— ¡Suavizarme!... ¿Me creéis muy malo?... No es una

razon porque hablo á voces, es una costumbre que tomé con mis carneros. Grito un poco, pero soy cortés... ¡Eh! j6ven, ¿qué teneis? Pareceis muy preocupado.

Enrique, á quien se dirigia este ap6strofe, miró al desconocido con sorpresa.

— Vamos, vamos, mas alegría. Pues tenemos aquí buena sociedad... El marido de esta señora leyendo su periódico y vos ahí como un cuáker meditando... ¿Habeis cometido algun asesinato?

— Cada cual tiene un pensamiento, dijo Enrique Little. No deseo hablar de mi persona y de mis negocios.

— Pues yo hablo de mí y de mis negocios, y tambien escucho cuando llega el caso.

— Este caballero tiene razon, dijo la señora con dulzura; si teneis alguna pena, hablando se mitiga el dolor.

— Sois muy bondadosos, dijo Enrique, pero mis preocupaciones no pueden interesar á nadie. Sin embargo, para satisfacer vuestra curiosidad os diré que soy inventor y que he inventado diferentes cosas que quizás algun dia se hablará de ellas. Habito en Hillsborough. He inventado un medio de afilar las sierras mecánicamente economizando un 50 por 100 en la mano de obra, economía que representa un beneficio enorme, una fortuna. Hé sacado privilegio de invencion, pero de nada me sirven, porque necesito dinero para explotarlo, y en vano he acudido á los capitalistas de L6ndres. ¡Imbéciles! Colocan sus fondos en ferro-carriles y en otras empresas desastrosas, y ni siquiera han querido ver mis dibujos ni estudiar mis cálculos.

— Pues yo no soy de ese calibre, dijo Bolt; yo no doy mi dinero para que otro lo explote. No hay ferro-carriles ni minas de oro para Ben Bolt. Mi dinero va conmigo y yo voy con mi dinero.

— Sois un hombre sensato y desearia que tuviérais fondos suficientes para entrar conmigo en el negocio.

— ¿Y quién os dice que no los tengo? Demostradme que podeis ganar 40,000 libras con 20 ú 80 con 40, y ya vereis cómo apronto la suma.

— No es mucha vuestra ambicion; en vez de doblar vuestro capital yo me comprometo á triplicarle y cuadruplicarle. Mirad mis dibujos, añadió el inventor, abriendo su saco de noche. Este es el sistema actual, cuyos defectos saltan á la vista, y este es mi proyecto. Ahora, comparad las cifras que representan la economía del trabajo. En este ramo de industria, la mano de obra constituye el gasto del fabricante. Si no empleais mas que diez obreros en lugar de cuarenta, claro es que economizais el salario de treinta obreros.

— Eso es mucho decir.

— Pues es la pura verdad.

M. Bolt examinó los dibujos y se quedó silencioso.

Estudió largo rato las cifras, luego volvió á los dibujos, sobre los cuales pidió explicaciones circunstanciadas, dirigió mil preguntas al inventor, y finalmente se interesó tanto en el negocio que no quiso ya hablar de otra cosa.

Cuando el tren llegaba á Birmingham, dijo á Enrique Little:

— Yo necesito tocar las cosas para comprenderlas. Vamos á Hillsborough.

— Sí, pero tengo que detenerme en Birmingham para ver á los capitalistas.

— ¿Y para qué? No sacareis nada. Los capitalistas de Birmingham no son menos intratables que los de L6ndres.

— Vamos á ver, ¿hablais formalmente? El asunto que os propongo no me parece de vuestra competencia.

— Yo acepto todo negocio que ofrezca beneficios. He comprado y vendido carneros, lanas, tierra, agua, casas, tiendas, ropa usada, café, tabaco y mil cosas mas... ¡Y cambios!... ¡Pues es una friolera lo que he hecho!... He cambiado una vez una vaca por una ballena que no estaba muerta aun... y siempre he ganado.

— ¿Habeis vendido cerveza? preguntó Enrique con ironía.

— No, respondió el especulador, pero si se presentara la ocasion la venderia. Concluyamos: ¿Quereis llevarme á Hillsborough y enseñarme vuestras máquinas? Quizás podremos entendernos.

— Con mucho gusto; pero deciais que ibais á ver á vuestra familia...

— Que espere; uno ó dos dias al cabo de veinte años no es mucho.

Y añadió con un tono sentencioso que se crea con derecho de tomar en razon á su edad:

— Habeis de saber, j6ven, que no me gusta hacer un tormento de lo que debe ser un placer.

— Ni á mí tampoco; pero no veo la relacion que tiene esa máxima con la visita que quereis hacer á vuestra familia.

— Nada mas sencillo: si descuidara los negocios por las cosas de sentimiento estaria en una cama de espaldas. Seria pues convertir un placer en un tormento.

Enrique no pudo replicar nada á semejante lógica, y en la tarde de aquel mismo dia los dos hombres llegaron á Hillsborough.

Sin perder tiempo se fueron en derecha á la fábrica de Little. Este enseñó á Bolt los antiguos sistemas para que observara los defectos, y luego le llevó á su gabinete ó hizo funcionar á su vista los nuevos aparatos.

Bolt examinó todo aquello con la escrupulosa atencion de un hombre práctico.

— Mucho dinero se ha de necesitar para la empresa, dijo meneando la cabeza con aire indeciso.

— Tambien se ha necesitado mucho seso para la invencion, dijo Enrique.

— No cabe duda. Si quereis que entre en el negocio

ha de ser en condiciones aceptables y bien definidas. Los negocios son negocios.

— Así lo entiendo yo. Proponed condiciones.

— Necesito reflexionar hasta mañana.

— Tomad el tiempo que gustéis.

Sobre esto M. Bolt desapareció como una flecha.

Al otro dia volvió y presentó al inventor un proyecto de contrato redactado por el procurador mas listo de Hillsborough.

— Firmad este papel, le dijo, yo tambien le firmaré, y asunto concluido.

— Habeis consultado á un procurador, contestó Enrique, y no os parecerá mal que yo haga otro tanto. Los negocios son los negocios.

Bolt no pudo contestar; pero luego recobró su desenvoltura característica y dijo:

— Nada mas justo; id á vuestra consulta.

Enrique se fué á ver al doctor Amboyne; le contó lo ocurrido y le preguntó si debía conceder la parte del lucro á aquel singular socio.

— Los capitalistas no quieren otra, dijo el doctor; no dan su dinero sin grandes ventajas. Veamos lo que exige.

El contrato de sociedad contenia las cláusulas siguientes:

M. Bolt construiria á su costa un local exclusivamente destinado á la explotacion de la nueva maquinaria, local dispuesto de modo que podria estar vigilado de dia y de noche. Los gastos de la construccion se sacarian gradualmente del producto bruto; y además, M. Bolt cobraria los intereses de su capital á 5 por 100 y se llevaria los dos tercios de los beneficios. Finalmente, M. Little debía deshacerse de su fábrica actual y limitarse á la explotacion de sus privilegios.

El doctor aconsejó la aceptacion de las cláusulas, excepto una, que era el límite impuesto á la explotacion de los privilegios.

Despues de haber borrado esta cláusula, los dos amigos pasaron á la fonda de M. Bolt, quien no quiso aceptar la enmienda.

Enrique sostuvo su empeño, y habiéndose propuesto una conferencia de cuatro personas, que tuvo efecto en casa del doctor Amboyne, se modificó la cláusula del modo siguiente: la explotacion de los privilegios en Hillsborough debía limitarse á la razon social Bolt y Little; pero Little se reservaba la facultad de vender sus privilegios ó de explotarlos por su cuenta en otra parte, así como tambien podia afilar las sierras de mano en Hillsborough y continuar como antes sus demás operaciones de fabricacion.

Firmado el contrato, Bolt puso inmediatamente manos á la obra. Aunque muy resuelto, el especulador no carecia de prudencia.

Recorrió los arrabales en busca de un terreno que compró, y luego mandó hacer los planos y las cuentas que sometió á la aprobacion de Enrique Little.

M. Bolt advirtió á los constructores que el edificio debía ser una fortaleza mas que una fábrica; pero por consejo de Enrique no declaró la razon verdadera de este capricho:

No quiero que me cojan como á un raton en una ratonera. Soy Ben Bolt, un hombre duro.

Aceptados los proyectos se estipuló un plazo de rigor con el constructor White y seguidamente comenzaron á abrir los cimientos.

XXII.

DE LAS DIFICULTADES DE CONSTRUIR EN UN PAIS LIBRE Y CIVILIZADO.

En medio de sus preocupaciones industriales, Enrique no olvidaba á Gracia Gardén.

En una de las visitas semanales la dió parte de las nuevas esperanzas que le infundia su asociacion con M. Bolt, y Gracia no dejó de regocijarse.

Enrique arregló un bonito marco de madera esculpida para el dibujo que le habia enviado por medio del doctor; aquella imagen de la Esperanza era el genio familiar que estimulaba su inteligencia y sostenia su valor.

Despues de las angustias sufridas y de tantas peripecias, los dos enamorados veian por fin lucir una era de felicidad en que el porvenir les sonreia, y les parecia próximo el momento en que iban á realizarse sus esperanzas.

Hasta M. Bolt contribuia á la felicidad de Enrique.

La excéntrica impetuosidad del especulador le agradaba singularmente, y sus chistes cotidianos distraian al inventor en medio de sus tareas.

Todo marchaba pues perfectamente, cuando surgió de aquel cielo límpido un punto negro apenas visible, pero que amenazaba recias tempestades.

Una mañana M. Bolt cayó como una bomba en el taller de Enrique y como una bomba estalló en imprecaciones contra el destino.

— ¡En buena situacion nos encontramos!

— ¿Qué hay? preguntó asustado Enrique.

— Hay que los ladrilleros se han declarado en huelga.

— ¿Y por qué razon?

— Por cuatro peniques ni mas ni menos. El j6ven Whitbread, el hijo de nuestro ladrillero es un inventor como vos, que ha ideado una máquina para hacer ladrillos, por medio de la cual los Whitbread piensan economizar diez peniques por mil. Al punto los opera-

rios se alborotan, los Whitbread para evitar un conflicto, les ofrecen repartir el beneficio, y los obreros delegan dos oradores para discutir la cuestion. Yo estaba presente en la conferencia. Figuraos el mundo al revés. Parecia que los inventores eran los amos y vice-versa. Despues de muchas negociaciones, en las cuales los unos desplegaron tanta arrogancia como los otros humildad, los amos consintieron en abandonarles seis peniques de diez. Os parecerá que esa enorme concesion dejó satisfechos á aquellos miserables... Nada de eso; exigen los diez peniques, esto es, el total del beneficio, sin lo cual no quieren continuar el trabajo.

— Es odioso, dijo Enrique, que esos mendigos sin seso, quieran matar de hambre á los inventores.

— Seguramente; ¡y yo os parecí exigente cuando pedí los dos tercios!... Sea como quiera, nuestros planes encuentran un tropiezo.

— Pues yo no puedo hacer nada, os habeis metido á construir... Lo que no comprendo, es que siendo como sois un hombre tan tenaz, os mostreis ya descorazonado.

— ¡Descorazonado yo! Soy un hombre duro y daré pruebas de ello.

Sobre estas últimas palabras el capitalista salió como una flecha para ver á los empresarios.

Los empresarios á su vez acosaron á los ladrilleros, y estos en aquel apuro buscaron fuera otros jornaleros.

Bolt se restregó las manos, creyendo que se habia salido con la suya.

Un dia que presenciaba el trabajo fué testigo de un hecho bastante comun en la industria del pais, pero que jamás habria sospechado.

De repente oyó gritos y vió á dos operarios extendiendo sus manos ensangrentadas y erizadas de agujas.

Hubo que llevarlos al hospital.

Los de la huelga habian echado agujas en una masa de tierra preparada para mas de 200,000 ladrillos, y hubo que volverla á manipular enteramente, lo que fué una gran pérdida de tiempo y de materia.

Bolt puso en emboscada un vigilante con un perro. El perro murió de un balazo la primera noche; hicieron que se hundiera la choza del vigilante que se quedó debajo, y 50,000 ladrillos fueron destruidos por los con federados.

Sin embargo, los amos ladrilleros se mantenian firmes.

Por fin, cuatro de los primeros operarios volvieron á sus puestos con las condiciones ofrecidas por M. Whitbread, esto es, mediante seis peniques de la ganancia debida á la invencion del amo.

Los cuatro individuos eran lo que se llama en el lenguaje de las Uniones *hombres de contribucion*, esto es, que pagan á la Union un chelin para poder fabricar ladrillos; pero este pago semanal no era mas que una especie de impuesto y no les daba ningun derecho á los socorros de la sociedad cuando se interrumpian las obras.

Así sucedia que una huelga de tres meses les tenia muy apurados, y no podian ya hacer causa comun con los demás obreros miembros de la Union que estaban sostenidos por su caja.

Sin embargo, aunque solo la necesidad les habia impelido á volver al trabajo, les amenazaron con los mas terribles castigos si no se retiraban inmediatamente. ¡Qué horrible situacion la de aquellos desdichados entre el peligro y el hambre!

Si la Union practicando la máxima favorita del doctor Amboyne « se hubiese puesto en su lugar » quizás no hubiera sido tan injusta.

Aquella ceguedad suscitó otro crimen.

Una noche mientras Tomás Wilde, uno de los obreros de contribucion, velaba solo cerca del horno para sostener el fuego, no vió que arrastrándose se llegaban á él siete hombres pertenecientes á la categoria de *victimitas*, otro término del lenguaje de las Uniones que designa á los hombres de la huelga mantenidos por la caja.

Un hombre situado cerca de un horno encendido y en medio de una noche oscura no puede ver sino á muy corta distancia en su derredor; y así fué, que las *victimitas* pudieron acercarse á Tomás Wilde sin que este lo notara.

Para mayor prudencia el grueso de la partida se quedó un poco atrás, en tanto que dos de los hombres se acercaban á Tomás Wilde y con tono pacífico le pedian licencia para adelantarse un instante al fuego del horno.

El honrado obrero consintió sin desconfianza.

En tanto que se bajaba para atizar el fuego, uno de los dos hombres que le habia pedido la hospitalidad le pegó en la cabeza y en la espalda con un enorme garrote.

En el mismo instante los otros cinco cayeron sobre el desdichado y le maltrataron horriblemente.

Wilde se defendió con furor.

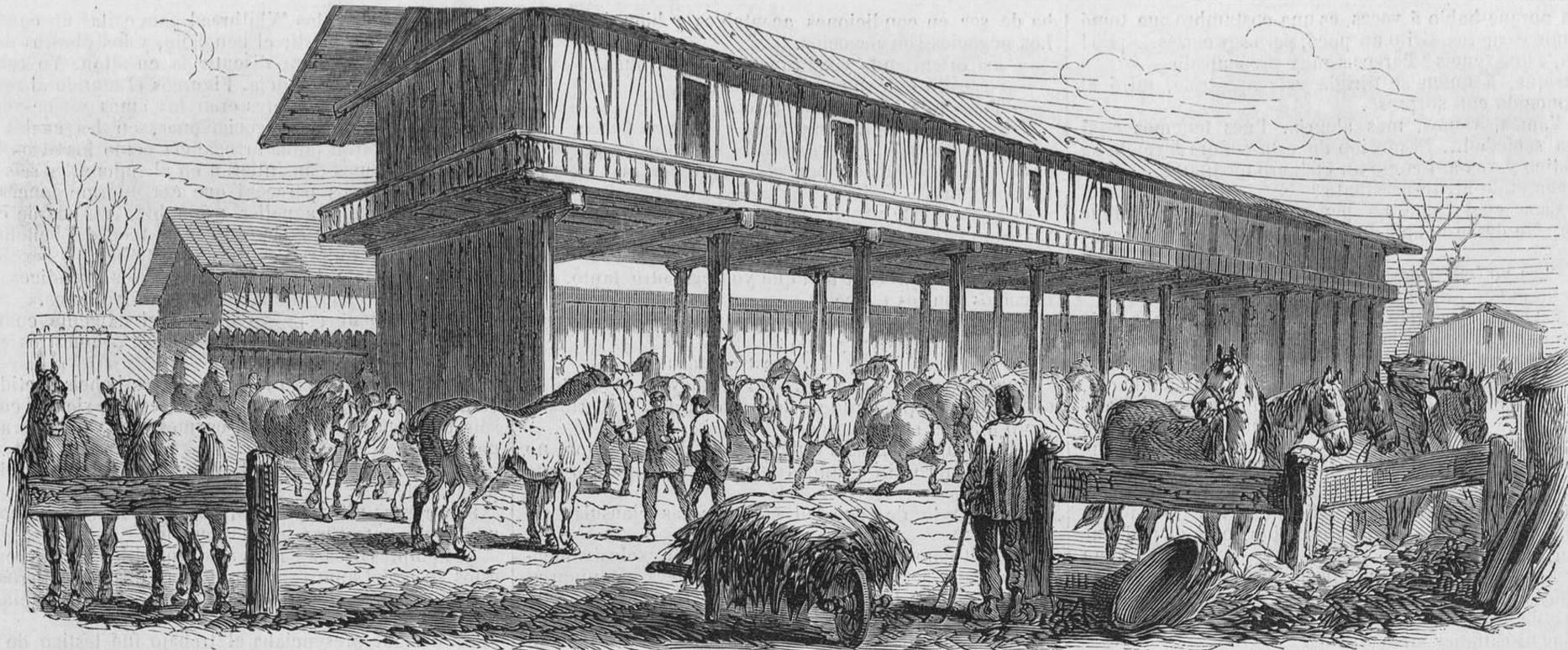
Pidió socorro, pero nadie acudió á sus voces.

Por un esfuerzo desesperado estuvo á punto de salvarse de sus verdugos; pero los siete malvados le acosaron á la vez y despues de haberle golpeado le dejaron por muerto.

El infortunado Wilde recobró sus sentidos al cabo de algunas horas. Estaba cubierto de sangre y tenia un brazo roto.

Aunque vivia lejos de allí, necesitó mucho tiempo para llegar á su domicilio, y cuando llegó cayó desmayado en el umbral de la puerta.

(Se continuará.)



EL MERCADO DE CABALLOS PARA LA ALIMENTACION PÚBLICA. — Aspecto del mercado en el boulevard de Enfer.

La carne de caballo.

Los defensores de la hipofagia intentaron hace algunos años en París una campaña muy estrepitosa, pero que no logró desarraigar las preocupaciones de la población parisiense contra la alimentación con la carne de caballo. ¡Cosa curiosa! Pudo observarse en aquella campaña que los aficionados á la nueva cocina se reclutaban mas bien en las clases acomodadas que en los barrios populares. Los convidados á las mesas hipofágicas eran hombres de ciencias, escritores y periodistas.

La multitud se muestra por lo comun muy rebelde á las innovaciones culinarias. Luis XVI tuvo que ponerse en el ojal de la casaca la flor de la patata para que se aceptase como alimento el nuevo tubérculo.

Ahora bien, la necesidad produce en el dia el resultado que no pudo obtener la moda, y la experiencia decisiva á que asistimos hoy conservará ciertamente en nuestras mesas la carne de caballo, como rival á la carne de buey.



Exámen del veterinario.

Consignaremos efectivamente que el buen éxito de esta terrible prueba está justificado del modo mas completo, por el testimonio de la ciencia. Para responder á las últimas preocupaciones que aun pueden subsistir en la población, el señor doctor Bourgoïn, farmacéutico mayor del hospital de Niños, ha hecho en la escuela de farmacia una conferencia pública sobre la alimentación en general, insistiendo sobre todo en la alimentación con la carne de caballo.

Al cabo de un resúmen claro y conciso sobre la naturaleza química y el papel especial de cada especie de alimentos en la nutrición en general, M. Bourgoïn probó á su auditorio que la carne de caballo, gracias á la cantidad de sus principios albuminosos y fibrinosos, está en la primera línea de las sustancias azoadas indispensables para la reparacion de las pérdidas del organismo.

El experimento es ya muy antiguo, mas no se ha hecho solamente en las ciudades sitiadas, sino que en todas las partes del mundo, pueblos enteros se mantienen con carne de caballo.



Peso, tasa y compra.



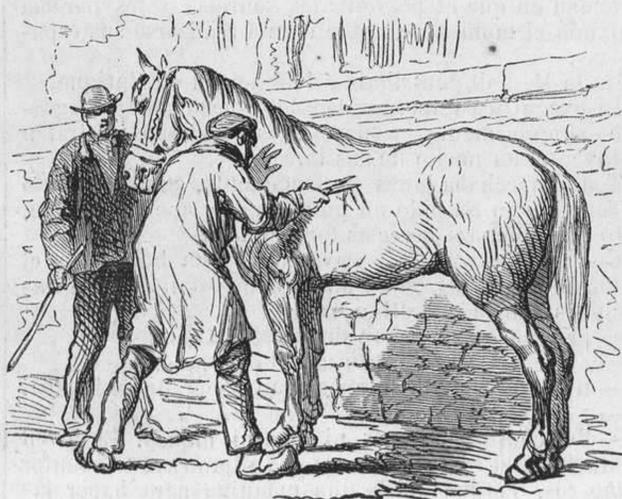
Marca de la comision sanitaria.

Sin salir de Francia, en Sedan, en Saint-Etienne y en otras ciudades, hace tiempo existen carnicerías hipofágicas.

En cuanto al sabor particular de esta carne, muchos no le distinguen del de la del buey, y algunos le prefieren, lo que prueba en todo caso que la diferencia no es muy grande. Sin embargo, dicen que si el caldo de caballo es muy graso, la carne cocida es dura y muy inferior á la del buey en igual estado, sobre lo cual el doctor Bourgoïn nos ha dado las explicaciones y el remedio; el caldo de caballo contiene dos veces mas sustancias nutritivas que el caldo de buey, porque los depósitos donde se han acumulado las materias albuminoidas y grasas son mas delicados en el caballo; la carne se queda mas limpia y por esta razon mas magra y dura.

Para obviar este inconveniente se sumerge brusca-mente la carne de caballo en agua hirviendo, se saca y se hace cocer á fuego lento en agua caliente: el caldo sale bastante graso y la carne tierna y succulenta.

Nos haremos cargo de lo mas grave de todas las objeciones. Dícese que el caballo padece las enfermeda-



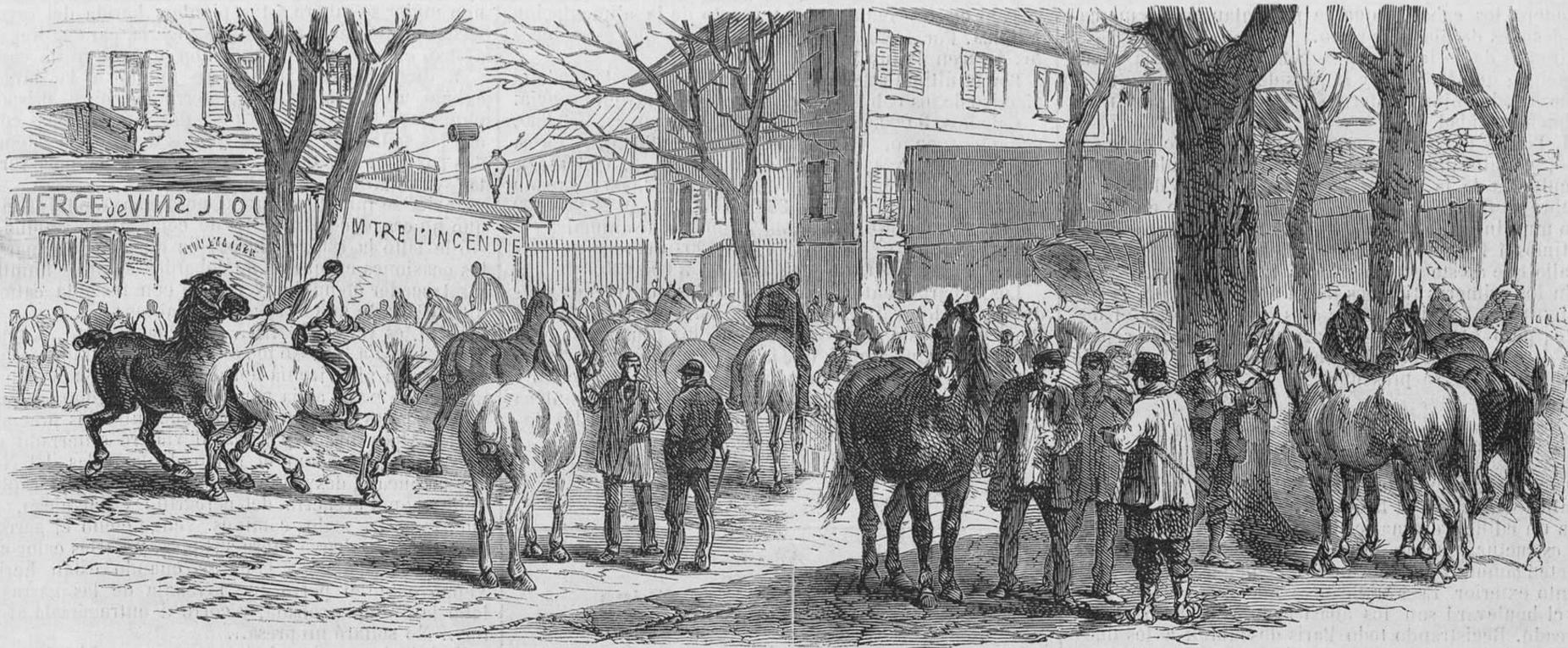
Marca del número de órden.

des terribles del muermo y de los lamparones. Es cierto; pero la objeción se destruye por sí misma, porque es general y se aplica igualmente al cerdo, al carnero y al buey. ¿Acaso la trichina y el morriño nos impiden comer cerdo y carnero?

El sabio farmacéutico ha querido tranquilizarnos completamente apoyándose en la autoridad de un hombre de alta competencia. M. Denault refiere que en el año 1815 los hambrientos habitantes de San German se comieron una infinidad de caballos que tenían aquellas enfermedades, sin que la población se resintiera de ello en lo mas mínimo.

Esta observacion en grande no es de todo punto concluyente; pero tambien debemos reconocer que no es aplicable á la situación de París, pues no se llevan al matadero sino los caballos que están sanos. La comision de exámen es una garantía plena y entera.

Así, pues, excelente calidad de la carne, principios nutritivos superabundantes, salubridad absoluta; tales son los caracteres distintivos de la alimentación con carne de caballo, y una vez sentados estos preliminares, vamos á ver el papel que hace esta carne durante



EL MERCADO DE CABALLOS PARA LA ALIMENTACION PÚBLICA. — El parque de los caballos comprados por la comision de alimentacion.

el sitio de la capital de Francia.

AL PRINCIPIO DEL SITIO.

En cuanto se anunció que los prusianos emprendían su marcha hacia París, la cuestión del caballo tomó en la capital una importancia de primer orden.

Aquí se desocupaban las caballerizas demasiado pobladas, allí se compraban forrajes; y entre los carniceros se trataba de la importancia que iba a tomar muy luego la carne de caballo.

Los carniceros no se equivocaban, y los primeros días del sitio fue-



El matadero.

ron para ellos eminentemente favorables. A despecho de la actividad que desplegaban los traficantes de forraje y los dueños de caballos, la cuestión de alimento fué al instante una cuestión de vida ó muerte. El precio de los caballos tuvo una baja enorme y ya comenzado el asedio, los caballos se daban por nada. Por 5 francos se compraba un caballo y hubo también caballos que sus dueños abandonaron en el mercado.

Para los carniceros era una gran fortuna y no necesitamos decir que la aprovecharon cumplidamente. Pero duró muy poco. A me-



La sangría.



El sopleo.

didada que la cocina hipofágica iba haciendo progresos en París, el caballo adquiría un valor que de golpe levantó mucho los precios. La extensión que se dió á las carnicerías de caballo aumentó la competencia, y así se ha visto en el mercado que se han vendido asnos á razon de 4 francos la libra.

La necesidad de ordenar un poco esta especulacion desenfrenada que hacia subir de una manera escandalosa un alimento indispensable, determinó al gobierno á intervenir en la cuestión y por decreto de 10 de octubre, firmado por



Trasporte de la carne á las carnicerías municipales.

el señor ministro de Comercio se regularizó la venta, la matanza y la distribución de los caballos.

LA COMISION MINISTERIAL.

Con arreglo á la providencia del ministro, modificados ó tres veces en puntos secundarios, se nombró una comision de veterinarios presidida por M. Bouley, y encargada de este importante ramo de la alimentacion pública.

Las atribuciones de la comision consisten en examinar, comprar y llevarla

matadero los caballos que se presentan en el mercado, despues de fijar su precio.

Diremos desde luego que la comision funciona regularmente; que M. Bouley la preside en persona, que se rechaza todo animal enfermo y que solo se matan los de buena calidad.

M. Bouley fija soberanamente el precio de cada caballo, y naturalmente los precios han subido con las dificultades de la situacion. Por el decreto del 40 de octubre se fijó el precio de 40 céntos. por kilo en bruto; pero muy luego subió, y en la actualidad varía de 70 céntimos á 4 franco 75 céntos. Hemos visto vender un caballo que á este precio subió á 4,200 francos.

En los primeros tiempos de su nombramiento, la comision no se reunia sino los dias prefijados por el decreto; pero hoy se reúne diariamente y no se separa sino despues de haber examinado, pesado y comprado los caballos que se presentan.

EL MERCADO DE LOS CABALLOS.

Damos un dibujo que representa el mercado de los caballos situado en el boulevard Montparnasse.

Es un edificio ordinario, bastante espacioso, pero de una estructura que no ofrece nada notable.

Detengámonos un instante á considerar el movimiento exterior. Esos traficantes afanosos que circulan por el boulevard son los abastecedores ordinarios del mercado. Registrando todo Paris descubren á los dueños de caballos que quieren venderlos y llegan al mercado con un grupo de animales. Les está prohibido comprar allí los caballos que presentan los mismos dueños; pero sabido es que estos traficantes son muy hábiles.

Entremos. El mercado ofrece dos divisiones, la del ministerio de la Guerra que funciona para el ejército de Paris y para las ambulancias, y la del ministerio de Comercio que alimenta las municipalidades y las cantinas. Las dos administraciones civil y militar se hacen competencia y á veces han provocado la elevacion de los precios.

Acerquémonos y veremos como funciona el mercado. M. Boulay preside la comision. Ponen al caballo en una báscula y un empleado militar pregona su peso. M. Bouley que entre tanto examina el caballo, fija el precio y el vendedor recibe un boletin donde se dice la suma que el gobierno paga al dia siguiente.

Al salir de la báscula ponen dos marcas al caballo, la una con un hierro encendido que indica que está comprado por la misma, y la otra con tijeras que le dá un número de órden. Seguidamente llevan el caballo al depósito de la comision, de donde le sacan á medida que lo exigen las necesidades del servicio.

Ya hemos dicho que el mercado funciona todos los dias, y ahora añadiremos que las cantidades que aun se presentan son considerables. La cifra mas elevada es quizás la del 18 de octubre, pues se compraron aquel dia 4,453 caballos. Por término medio se presentan muchos centenares.

Podriamos publicar aquí la estadística de los caballos vendidos; pero este cuadro no daría á nuestros lectores sino un elemento de apreciacion incompleto, en razon á que la matanza clandestina y la matanza libre á principio del sitio entregaron al consumo un número de caballos considerable. Bástenos saber que el dia en que el gobierno ordenó el recuento de los caballos, habia en Paris en manos de los particulares, sin comprender los servicios de la guerra y de la administracion, 48,000 caballos y que todavía estamos muy lejos de haber agotado esa enorme reserva.

LOS MATADEROS.

Pasemos ahora á los mataderos de caballos que son cuatro, á saber: La Villette, Grenelle, Belleville y Villejuif.

Una vez el caballo en el matadero le tapan los ojos con un pedazo de cuero, y el carnicero armado con un martillo de mango largo, le asesta en mitad de la frente un golpe formidable. Por lo regular el golpe es certero y el pobre animal cae instantáneamente en la posicion que ofrece nuestro dibujo.

Seguidamente el matachin le practica en el cuello una ancha incision y le corta la vena por donde debe desangrarse. Antes del sitio esta sangre se perdía, pero ahora se recoge en una artesa, donde un hombre la agita sin cesar hasta que se enfrie, para que no se coagule. Con esta sangre hacen morcillas que tienen muchos compradores.

Despues de desangrado el caballo le inflan con enormes fuelles, operacion que tiene por objeto dar á la carne mejor apariencia. En Paris se come tambien con la vista.

Una vez desollado y despojado el caballo le cargan en carros que le trasportan á las carnicerías, de donde pasa á nuestras mesas. Hoy, á fines de diciembre de 1870, es nuestra única carne fresca. En Metz se han comido 40,000 caballos y Paris está resuelto á comerse todos los que tiene para sostener hasta el fin la lucha contra el enemigo.

CONCLUSION.

Los espantosos destrozos que los prusianos han causado en las riquezas agrícolas de la Francia, han pro-

vocado ciertas inquietudes respecto de la alimentacion pública. Por fortuna es fácil demostrar que estos recursos carecen de fundamento.

Por la última estadística se calculaba de este modo el efectivo de los caballos y el ganado que hay en Francia:

Caballos, 3.000.000; asnos, 500.000; mulas, 350.000; ganado vacuno, 40.900.000, ó sean 300.000 toros, 2.500.000 bueyes, 6.000.000 de vacas, 2.500.000 de criar; terneras nacidas en el año, 4.000.000; ganado lanar, carneros y corderos, 35.000.000, ó sean 26.000.000 de merinos ó mestizos, y solo 7.000.000 de animales comunes; cabras y cabritos, 4.400.000; puerco de mas de un año, 4.500.000; lechoncillos, 3.000.000.

Los departamentos invadidos son los que menos producen, de lo cual resulta que la falta de consumo en Paris y no obstante las requisas de los prusianos, producirá la abundancia y que la capital, una vez levantado el bloqueo, se verá invadida por el ganado vacuno y lanar, y habrá en abundancia aves, huevos y manteca y todos los artículos que hoy se aglomeran en los depósitos productores.

L. G.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuacion.)

Habia en sus ojos como la profunda tristeza de desconocer á su interlocutor. Antes creia que, amada ó aborrecida, desdeñada ó indiferente, le pertenecia mas, porque estaba mas cerca de ella. Ahora su mirada mide la distancia que le separa de él: era un abismo.

Todavía guarda su mano entre las suyas; pero el arrobamiento en que le contempla es tambien terror de encontrarse con la naturaleza de un monstruo, es ver desvanecida la ilusion de que aquel hombre habia sido para ella objeto de deseos y esperanzas.

No que las proporciones del ídolo imaginado se hubiesen reducido á sus ojos... ¡Ojalá!... En su sorpresa, hubiera querido encontrar á su ideal positivo y rebajado. No era así. Era, por el contrario, mas grande que su ilusion, mas fantástico que sus quimeras. Aquel espíritu no cabia en su comprension, ni aquella realidad en sus sueños. Aquella razon estaba fuera de su inteligencia, y era, pues, una imágen falsa y fingida la que tenia en su memoria...

A su aparicion, habia podido hablarle con abandono, con efusion y confianza; á veces con despecho, á veces con imperiosa altanería. Ahora quedósele mirando muda, absorta, desesperadamente contrada; y al encontrarse con un mundo de verdad, mas pavoroso é inconmensurable que el que habia creído de sus visiones, diríase que preguntaba, como el Sigismundo de Calderon al despertar: «¿Si será ahora cuando sueño?» Javier, espantado de la suspension en que la veia embargada, demandóle blandamente una palabra; ella, entre contenida y despechada, entre desprovorida y resuelta, sin dejar de estrechar sus manos y mirándole como á la aparicion de otro mundo,

—¿Yo? le dijo... Yo nada tengo que hablar. No somos de la misma especie, ni de la misma lengua, ni de la misma region... Es verdad... no sé de dónde vienes, pero sé que no me acompañas. No te puedo seguir, ¡verdad! no te pertenezco. No sé si algun dia estuve cerca de tí, pero te he perdido para siempre... tan perdido, que cuando de cierto me encuentras, ni yo te reconozco, ni tú pareces saber quién soy. Unas veces me has hablado como si fuera un ángel... á mí, la mas flaca de las mujeres. Otras, ni como á una criatura humana me tratas, sino como á un ser sin voluntad, dejado por alguien en patrimonio y herencia ó despojo. ¿Qué extraño que no te comprenda ni te acepte? Puedo mirarte delante de mí como un coloso, puedo verte en las sombras como un genio, y no acierto á hablarte sino como á un monstruo. De tí no puedo admitir ni compasion ni dolor, ni cuidado de mi felicidad, ni responsabilidad de mi virtud. Debo mas bien entregarme al abandono de mi desventura y arrostrar los riesgos de crimen que me quedan. No somos iguales... ¿Qué dices de salvacion? Mi salvacion no está en tu mano, porque no está en ella ni la posibilidad de perderme ni la voluntad de matarme. Mi perdicion ignorada y misteriosa quede para mí sola. Solo yo daré cuenta de mis pasiones, y solo la inefable Misericordia divina podrá juzgar de mis flaquezas. ¿Qué puedes tú comprender de mi virtud? Yo no sé si podré renunciar á ella cuando haya perdido la razon; pero sí que, todavía en la extremidad de la mas honda caída, la ignominia que yo consintiera, vendria en brazos de la pasion, no de la impostura. ¡Oh! no. Entonces sí que mi padre me maldeciria desde el cielo, y que el infierno te daría á tí el parabien de haber completado tu obra. ¿Qué entiendes tú de sacrilegio, de paricidio, de adulterio; tú, que cuando me acuso de una pasion hacia tí, me ofreces pagarla con el amor de otro hombre; tú, que cuando

una mujer se muere á tus plantas, herida del rayo infernal de tus ojos, vienes á recogerla para entregársela á otro, como hace un perro con una pieza de caza?...

Y diciendo así su voz se anudó á la garganta, exhaló un ronco gemido, cerró los ojos, crispó los puños con temblor colérico y derribó la cabeza con todas las señales de que los vientos de las mas encontradas pasiones desataban en su corazon la mas furiosa, tal vez la última de las tempestades...

Javier se inmutó aterrado, pero comprendió asimismo que no era aquel instante de cejar ni de enmudecer. No le faltó la estóica dureza de que sabia armarse en las ocasiones en que es de cobardes sentirse humillado y retroceder ofendido, y repuso con resuelta calma al último acento de tan acerbas palabras:

— Sí, es verdad, Sofía... tú lo has dicho... Como un perro vengo á tí... No me arredrarán los impropiedades de la sinrazon ni la ironía del despecho... Vengo como un perro, que no se aleja por golpes ni abandona su puesto por desdenes... Como el perro que entre los precipicios de los Alpes busca y salva al viajero enterrado en la nieve... Vengo como el perro de las islas del Norte, que arranca al desvalido náufrago del furor de las olas... Vengo como el perro del peregrino y del ciego, para guiarle en los malos caminos. Vengo como el perro del pobre, para echarse sobre sus piés, y darles calor cuando están helados, y lamerlos cuando están heridos. Vengo como el perro que arrebata de las garras del lobo la ovejuela robada, y corre á entregársela al pastor... No soltaré mi presa...

Y al decir esto le asia las manos con blandura... — No la soltaré por mas que grite asustada... No es la corza muerta, para entregar al cazador sangriento y desocupado... ¡Es mi cordera viva!... Yo la volveré al seguro aprisco... al amoroso dueño... ¡Oh! sí... sostenida en mis garras... colgada de mis dientes... como un perro.

Habia en Javier, al decir estas palabras, tan resuelta firmeza, pero tan insinuante mansedumbre, que lo que en otra ocasion pudiera tener viso de ironía, era entonces harto claramente la expresion fiel de una obligacion impuesta y de una expiacion aceptada. Sofía oia su voz desde el fondo de un letargo, en que habia caido como anonadada; pero cada una de las frases que con aparente dureza articulaba aquel hombre, hacia asomar un sollozo á su ahogada garganta. Abrió al fin sus ojos y miróle de nuevo, pero volviéndolos á cerrar como si quisiera resistir á una fascinacion maléfica.

— Javier, exclamó, con el apagado acento de su desmayo... mi pastor... mi dueño... es el hombre que pudo reclinar contra mi corazon y recibir un ósculo de mi labio...

— ¿Y es una mujer como tú, replicó Javier con estudiada sequedad, la que en un segundo de tiempo libra el dominio irrevocable de su porvenir y otorga la posesion de su alma?...

— ¡Oh! no, exclamó Sofía, incorporándose de súbito con solemne y altiva severidad; no soy yo la mujer que da su alma y su amor en un minuto, ni en una noche, ni en un dia... No... no soy la que puede hacerse cobardemente esclava eterna de la falta de un instante... Yo... apoyé contra mi corazon durante un latido, á un hombre que tambien habia amado toda la vida... Tambien yo le habia encontrado antes... Tambien muy de antemano me habia sido mostrado en idea, el que despues habia de tener tanto tiempo en mi memoria. La caricia de un momento no fué mas que el soplo de fuego que soldó un fantasma de ilusion á una aparicion de realidad... Esa caricia representa el único amor de mi vida y esa caricia y ese amor horrible es que seas tú quien venga á decirme que es mi perdicion y mi crimen... Yo no me he atrevido á tanto... Yo me limité á creer que eran la muerte...

No pudo seguir Sofía, interrumpida por la voz y el gesto de Javier. Aquel hombre habia visto con sorpresa que la extraviada joven cedía á la alucinacion de una ofensa. Levantábase en sus evocadas memorias el espectro de la seduccion, y su delicadeza y su conciencia se asustaban del efecto que la irritacion de una injuria podia causar en el pundonor lastimado. Impaciente por tranquilizar su conciencia con aceptar la responsabilidad de la culpa, y por aplacar á su víctima con la satisfaccion de un agravio.

— Sofía, interrumpió vivamente, pero con tono de amarguísima pena; Sofía, detente en tu injusticia, mas que conmigo, contigo propia. Si yo he podido hablarte de infamia y de crimen es porque entre nosotros no hay otro crimen ni otra infamia que la que yo he cometido. Yo habia deseado apartar de nuestra vista tan lúgubres recuerdos, pero no me es dado consentir que tu conciencia sea presa de una alucinacion de remordimiento. Si aquel momento fugaz, debió ser nada para tí, es que cuanto hubo en él de culpable, era todo mio; fué el complemento fatal de la condenacion impuesta á mi perversidad... Yo queria evitarte el triste conocimiento de un secreto que está en los antecedentes de mi lastimosa historia. Tú no le puedes comprender. Tú no debes concebir cómo, tan hermosa y tan inocente podias ser instrumento de castigo; cómo permitió el cielo que el puñal de la venganza, que habia esgrimido contra las hijas del mundo, le asestara contra la que habia de ser hija de mi corazon... Fué para que yo mismo me hiriera. Aun estaba yo en los limbos de la culpa apetecida y de la tentacion provocada. Aun no habia dado al mundo su último adiós ni al infierno su último combate, y el infierno le aceptó, donde, vencedor ó vencido debiera quedar mi corazon desgarrado.

En tí, pobre niña, no hubo mas que abandonado embeleso, infantil confianza. De mí, la seducción infernal y el olvido de mi obligación sagrada. Por eso tuviste á tu lado, hija mia, en aquel instante una asistencia milagrosa y divina. Por eso el ángel de caridad que te habia salvado de los brazos de la muerte estaba allí para arrancarte de mi lado y para darte la gracia y el triunfo...

Sofía levantó sus ojos y sus manos al cielo con un movimiento de admiración, sorpresa y gratitud...

— Sí, Sofía, por eso tú eres inocente y estás salvada. Yo fui, quien cediendo á una imaginación pervertida, confundió el encanto de hallar una hija con la complacencia de hacer una nueva víctima; quien al encontrarse con una aparición tan cándida y luminosa entre los desechos del mundo, desconoció el gozo de su alma porque no era digno de sentirle en toda su pureza. De aquel recuerdo no puedes tú conservar ni una leve mancha, como yo no pudiera encontrarle disculpa. Yo solo reo, yo solo seductor, yo solo infame... Pero mas infame seria aun, hija mia, y mas criminal en la contumacia de una inexplicable perversidad, si yo consintiera que aquella salvación milagrosa y aquella resolución esforzada y aquella expiación desde entonces no interrumpida, fuese todo estéril. Infamia y crimen seria permitir que el sobrenatural triunfo con que el cielo coronó tu juvenil pureza se convirtiera en una irrevocable caída; que hubiera un obstáculo eterno para tu felicidad; que llevaras estampado un sello indeleble de humillación, porque un salteador de la inocencia hubiera tendido á tí la mano sacrilega en el último de sus atentados... ¡Oh! no... no lo consentiré yo... no lo querrás tú... no lo permitiré el cielo... Vengue su justicia, hasta en las últimas gotas de mi sangre, culpas que tanto he llorado y que no puedo haber redimido; pero no hará de mi culpa tu vergüenza, ni de mi maldad tu castigo, ni tu remordimiento y tu desesperación del mas indisculpable de mis extravíos, de la memoria que mas pesa sobre el cúmulo de mis implacables recuerdos...

— ¿Y de qué me salva y me consuela á mí? replicó Sofía, alzándose hasta la altura de la frente de Javier, centelleando sus ojos con sangrienta llama, vibrando su voz en el temblor de un concentrado arrebató ó de un frenético extravío: ¿de qué me salva y me consuela que tú te arrepientas y avergüences de los movimientos de tu corazón y tengas por bajezas tus afectos, por atentados tus deseos y por villanías tus acciones?.. Javier... no es verdad esa explicación... no es virtud ese pesar... es un error mas... La cesión y abandono de mi alma, puedo consentir que la olvides ó la desprecies... pero no la envilezcas ni la calumnies... Llama si quieres crímenes á tus sentimientos... Yo á mi amor le he llamado desgracia, no le llamé abominación ni infamia... ¡Es lo único que poseo! ¡el único patrimonio de mi alma!... y cuando de otra cosa no sirva, yo se lo llevaré á mi corazón de mortaja, pero no le llevaré nunca por sambenito... Le podré maldecir, pero no le podré aborrecer... Si no hubiera sido mas que una perfidia tuya, ¿piensas que hubiera atentado contra mi vida? Mi venganza hubiera podido llegar al conato de tu muerte. No... no abrigo rencor. Mi voluntad no ha sido nunca sorprendida, mis caricias no fueron robadas... No... Te recuerdo en el gabinete de Villahermosa como en el momento presente... lo mismo estabas delante de mí... lo mismo estás... lo mismo te veo; habia en tu frente el mismo resplandor, en tus ojos la misma fascinación fulmínea, en tu acento el mismo magnetismo y penetrante atractivo... Fui yo la que me acerqué á tus rayos, como la mariposa á la luz... fui yo la que tuve el orgullo de sellar con mi temeridad ó mi perdición, sobre los labios de un hombre la superioridad que no habia reconocido á ninguno... fui en aquella ofrenda de mi alma tan libre como puedo serlo en la confirmación desesperada de aquella cesión irrevocable... la misma era... la misma soy... fui entonces... como ahora...

Y apoyando con su acción su última palabra, rápida como el rayo, y con el ademán determinado é impetuoso de quien, en un duelo á muerte, tira la última estocada á su contrario, enlazó con sus brazos el cuello de Javier, acercó su rostro al suyo, y sobre aquellos labios cárdenos y convulsos estampó una y otra vez un ósculo de inmenso inexplicable deliquio ó de incomprendible despechada venganza.

Y en seguida, soltando de repente sus brazos, tomándole las manos, alzando sobre él la frente, y mirándole de lleno en lleno, entre risueña y soberbia, añadió á aquella caricia frenética esta palabra insensata:

— Ahora levántate, y llévame á Enrique, y dile: « Esta mujer, que así acaricia al hombre que no la ama, yo te la vengo á traer para que sea tu honrada, tu noble, tu santa y tu legítima esposa... »

El aura que sopla en el cerebro de los dementes pasaba en aquel instante asoladora por sobre la flaca razón de la cuitada criatura...

Javier quedó de pronto asombrado y sobrecojido. Aquel sorprendente arrebató espantó su razón, pero no desconcertó su firmeza. Tenia un conocimiento demasiado profundo del corazón humano, para no penetrar el secreto de esta demostración extraordinaria. El extravío de aquella mujer solo habia producido en su alma una conmiseración ternísima. En su acceso aparente de pasión no habia visto mas que la nueva forma de un conato de suicidio. Demudado y aturdido al sentir pasar sobre su frente aquel torbellino como una ráfaga ardiente de tormenta, dejó que se perdiera en las profundidades de sus entrañas la explosión eléctrica de

esta nube de fuego... Y en seguida, viendo á aquella criatura despavorida y aterrada en la actitud de esperar una respuesta ó una maldición á su imprudente amenaza,

— Sofía, le dijo, alzándose en pié delante de ella, con el acento de quien reprime la severidad propia por compasión de la miseria ajena; Sofía, no hablemos ya de Enrique... no hablemos de nadie... hablemos de mí... Aquí estoy yo... Mirame... en nombre de tu dignidad y de tu conciencia respóndeme... Despues de lo que acabas de hacer... ¿Te atreves á ser la noble, la santa, la digna esposa de un hombre que tú misma tanto has sublimado y enaltecido?... Responde... Aquí está mi mano, y en la tuya el problema de tu vida... ¿Te reconoces digna de que te conduzca al altar de las mujeres castas, de las esposas sumisas, de las piadosas y respetables matronas?...

Al eco penetrante de aquellas palabras sintióse de pronto Sofía traspasada de un frío mortal, y cayó de rodillas á los piés de Javier... Alzó un momento á contemplar su terrible mirada los espantados ojos, y cubriéndolos luego con sus propias manos...

— Piedad, piedad, murmuraba la infeliz ahogándose en sollozos sin lágrimas... Piedad y salvación, Javier... del mas horrible padecimiento que me esperaba... Piedad y salvación en nombre del cielo, y en nombre de mi dolor y del absoluto poder que te doy sobre mi vida, ya que sobre mi razón no le tengo... Salvación de mí misma, Javier, en nombre de la inmensa misericordia divina... pero antes, por la mayor compasión y por la mayor caridad que abrigue tu alma, otórgame el perdón de mi ignominia, y con una palabra, de esas palabras celestiales tuyas, arráncame á la vergüenza con que mi conciencia me agobia, y á la execración con que el cielo por tu boca me maldice...

Sofía se habia prosternado hasta hundir su frente en la tierra, y queria besar los piés de Javier, como el penitente de un enorme pecado estrecha y besa las plantas de un confesor...

Dejóla Javier por algunos minutos abandonada á la reacción de arrepentimiento y vergüenza que él habia deliberadamente provocado; hallábase profundamente conmovido; reconocíase mas que nunca encargado de un difícil y terrible ministerio, y solo Dios pudiera descifrar los tenebrosos problemas que se debatían en las profundidades de su espíritu...

Despues de algunos instantes levantó suavemente con sus manos á la postrada Sofía, que sintió caer sobre las suyas una lágrima de aquellos ojos tan severos. Hizola de nuevo sentar sobre el césped á su lado, y pudo observar que de aquella organización quebrantada y rendida habia desaparecido todo síntoma de extravío y toda convulsión de arrebató. Un púdico velo de humilde rubor y de modesto arrepentimiento cubria las facciones doloridas de la apasionada jóven. No osaban sus ojos levantarse á los de Javier desde que le habian parecido compasivos; pero al obedecer á su mandato y al sentir la impresión de sus lágrimas, habia murmurado á media voz:

— No llores por mi perdición, Javier... Yo viviré para llorar bastante mis culpas, y para que no te vuelvas á avergonzar de que yo te haya amado...

— Sofía, escúchame, le dijo entonces Javier con tono suave, pero decidido y asegurado; escúchame todavía en este momento solemne, que puede decidir de la felicidad ó del reposo de los dos. Mis severas palabras no han querido condenarte á la vergüenza tuya, ni arrojar sobre tu frente el anatema inmerecido de la vergüenza mia. No consentiré que lleves de mi lado el desprecio de tí propia, ni que añadas á los infortunios que te causé en mal hora, el espantoso agravio de que me pudiera avergonzar de tí, yo, que me desvío de tu lado porque soy indigno de respirar el aire que mueves con tus labios.

Tú no eres capaz de crimen, ni de perversidad, ni de depravación. El crimen seria arrebatarte á la esperanza y á la posesión de la virtud. No hay mas culpabilidad en tu alma que el contagio del siglo; un error del entendimiento, una quimera de la imaginación, una exageración del idealismo, una exaltación enfermiza de la sensibilidad.

Vivimos en una triste época, Sofía. Casi todos los crímenes son errores, casi todos los vicios son dolencias.

Y yo, que te dije palabras tiernas para sacarte de un laberinto de sentimientos mal comprendidos, no te arrojé palabras duras para sepultarte bajo ellas en un abismo mas hondo de horrores supuestos y de culpas exageradamente aceptadas. Cuando hice asomar á tu frente el horror de unirse en matrimonio al hombre á quien estrechabas con una demostración amorosa, fué para que un extravío de tu despecho te hiciera comprender cuán separados están dos sentimientos tan diferentes, á veces tan contrarios, á veces tan enemigos: la pasión del amor, y el amor que preside al matrimonio.

Tú te estremecías de espanto á la idea de enlazarte á un hombre que no amabas. Era menester que sintieras cómo puede causar mas violenta repugnancia dar consagración de santidad á una pasión de desvarío. Agradece al cielo haber hecho cruzar por delante de tus ojos un rayo de tormenta, á cuya fulguración se te ha revelado uno de los mas hondos misterios de la vida. Dale gracias porque ha hecho perceptible á tu corazón, antes que á tu inteligencia, cómo puede haber contradicción de legitimidad é incompatibilidad de decoro entre las caricias del delirio y la bendición religiosa, que consagra la fidelidad casta y perpétua.

Escúchame y atiéndeme, y consiénteme todavía que aquí, en este sitio pavoroso, en esta hora ya tardía, bajo estas sombras húmedas y á la luz opaca de esos astros velados, te dirija aun mi paternal acento mi *sermon de la montaña*. Tambien de mi voz y de mi compañía pudiera decirte lo que de su presencia, en ocasión señalada, el Predicador divino. Quizá, hija mia, no volveremos á encontrarnos tan cerca y tan solos. La voz del mundo, la voz del amor, la voz de la pasión la oirás en todo tiempo; pero mi voz no siempre la oirás. Que te deje esta noche mi testamento y mi mandato. Yo te le puedo explicar, porque tú me puedes comprender. Tanto como para sentir los tormentos de la pasión, te ha criado el cielo para elevarte al entusiasmo de la moral belleza. Organización privilegiada y compleja, si te es forzoso ceder á los arrebatos de la sensibilidad, tambien te es dado sentir las grandezas heroicas del dolor y los éxtasis santos del aceptado sufrimiento. Tú puedes descifrar fielmente la enigmática leyenda que orla las dos caras de la medalla de la vida. Lo que tu espíritu y tu corazón resisten, es lo verdadero, lo real, lo práctico. Es natural. Como que no has llamado nunca realidad sino á lo positivo, á lo lógico, á lo exclusivamente racional, á lo puramente humano. Lo ideal no lo has visto sino en lo quimérico; en lo verdadero, en lo comun, en lo vulgar no te han enseñado jamás lo noble, lo sublime, lo heroico, lo santo...

(Se continuará.)

El general Clemente Thomas,

COMANDANTE SUPERIOR DE LA GUARDIA NACIONAL DEL SENA.

El general Clemente Thomas pertenece á la pléyada de los hombres de convicción que han considerado siempre la República como la suprema esperanza del país y como el gobierno mas propio para hacer surgir contra el enemigo las fuerzas vivas de la Francia.

El general que hoy manda en jefe á la guardia nacional de Paris, nació en Bouzac del Gironda en 1809. Estudió en Burdeos para entrar en la escuela de Saint-Cyr; pero no habiendo podido presentarse porque no estaba en la edad que entonces se requeria, se alistó como voluntario en 1827 en un regimiento de caballería, y no tardó en alcanzar el grado de sargento.

Comprometido en 1834 en la conspiración de Luneville, fué condenado por la Cámara de los pares á la deportación el 9 de diciembre de 1835. Trasladado á Doullens consiguió escaparse y se reunió en Inglaterra con sus amigos Godefroy Cavaignac, Marrast y Guinard.

Despues de una rápida excursión por Egipto en la época de la batalla de Nezib, regresó á Francia aprovechando la amnistía que dió el ministerio Molé. Escribió en el *Nacional*, tratando de las cuestiones militares, y naturalmente se encontró mezclado en los sucesos de 1848.

Enviado por el gobierno provisional al departamento del Gironda, fué nombrado diputado y se distinguió en la Asamblea nacional el 15 de mayo por su energía en favor de los poderes establecidos. Entonces le nombraron general en jefe de la guardia nacional de Paris, que mandó en las jornadas de junio de 1848.

Despues de haber dado su dimisión, apareció en la Asamblea como uno de los adversarios mas vigorosos contra el partido bonapartista. No hay para qué decir la suerte que le reservó el 2 de diciembre. Quiso organizar la resistencia en el departamento del Gironda, y con arreglo á una providencia de las comisiones mixtas, tuvo que abandonar la Francia en el término de ocho dias.

Su primera residencia fué Bélgica, y luego pasó al gran ducado de Luxemburgo, donde durante diez y seis años se ha ocupado en faenas de agricultura.

La amnistía imperial de 1859 no le decidió á reconocer el hecho consumado. Como su amigo Charras, como Victor Hugo, E. Quinet y otros muchos, contestó con una negativa.

Los diarios de Bélgica y de Inglaterra del mes de junio publicaron su protesta concebida en los siguientes términos:

« Tengo una fe demasiado viva en mi país para no preferir el destierro al espectáculo de su degradación. A los que me preguntan si entraré en Francia por la puerta que acaba de abrir el hombre del 2 de diciembre les respondo: Jamás. »

La guerra actual le hizo volver á Paris, donde el batallón 148 de la guardia nacional le aclamó comandante. Nombrado con el título de general al mando del tercer sector, no tardó en cambiar este empleo por el de ayudante general de la guardia nacional, y algunos dias despues por el de comandante en jefe, en reemplazo del general Tamisier.

Todos los batallones han acogido con sincera simpatía este nombramiento. El semblante enérgico del general Clemente Thomas, su alta estatura, su voz grave y sonora, le dan al frente de los batallones de la guardia cívica la actitud marcial que reclaman las críticas circunstancias en que nos hallamos.

T. V.

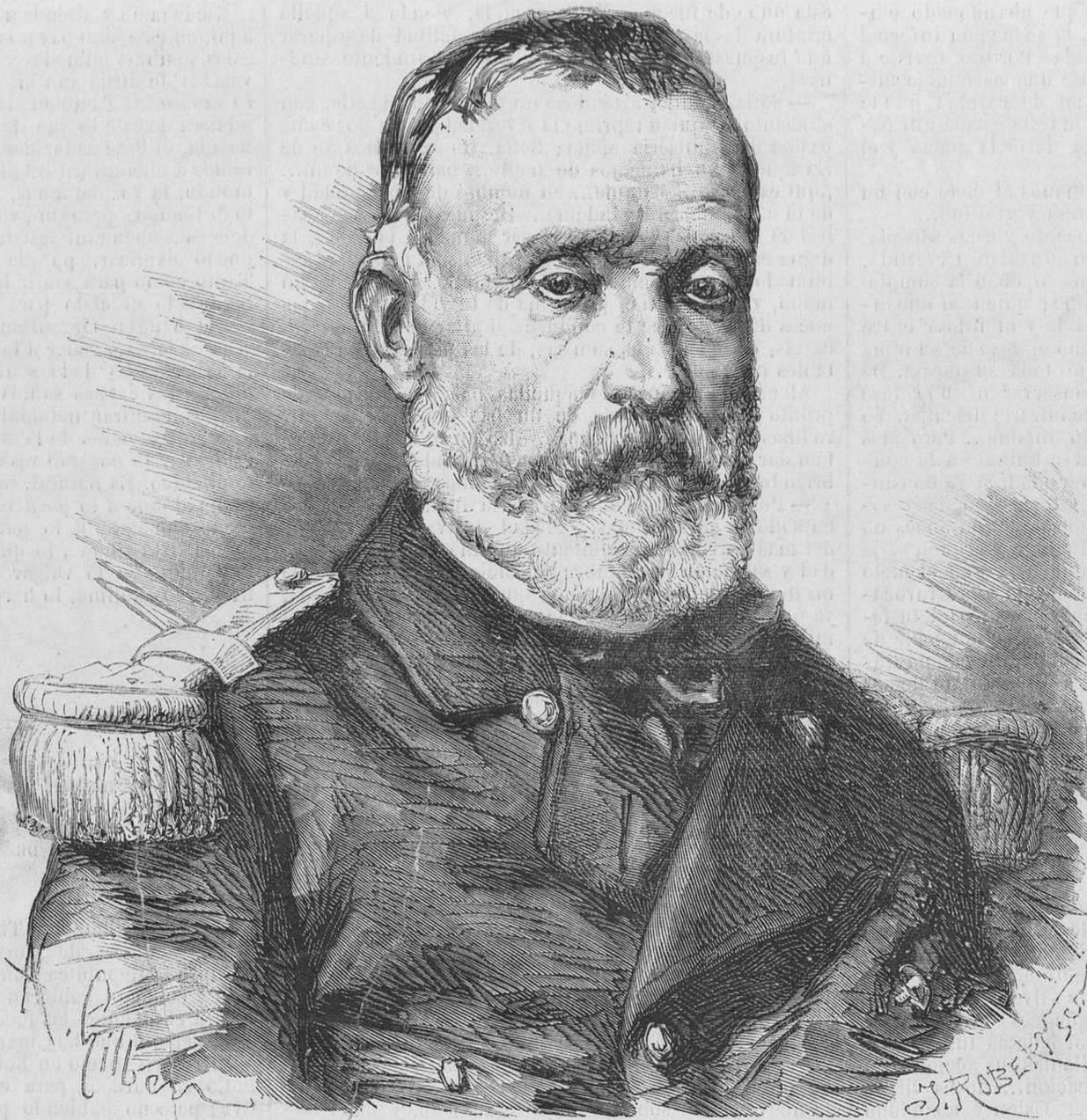
Una entrevista

DE PARLAMENTARIOS EN EL
PUENTE DE SEVRES.

Nuestro grabado da á conocer el lugar de la escena. En la orilla izquierda, al otro lado del puente, en una casa blanca, está establecido el primer puesto prusiano. A 200 metros de distancia hay otra casa blanca de dos pisos, en el interior de la cual se nota por una ventana abierta la presencia de tropas enemigas.

De repente suena la trompeta del lado del enemigo, y al mismo tiempo enarbolan en Brimbordon una bandera blanca de parlamentario. Por el lado de Paris resuena tambien el toque de alto el fuego, y á la bandera nacional que ondea en el puesto se sustituye la blanca de parlamento. Apenas las banderas blancas de parlamento aparecen por una y otra parte, el parque de Saint-Cloud, siempre desierto, se cubre de soldados enemigos y en la linterna de Diógenes es donde se ven mas numerosos.

Un teniente francés avanza sobre la orilla opuesta, precedido tambien de un trompeta que lleva la bandera parlamentaria. Un poco antes del arco del



El general Clemente Thomas, comandante superior de la guardia nacional del Sena.

puente que ha sido volado, el grupo enemigo se para. Un capitán se destaca del grupo y avanza solo. Es un joven rubio, vestido todo de negro, pantalón ajustado, casaquilla corta como los oficiales franceses de húsares, con cordonería blanca, que se dirige al oficial francés, y después del saludo de costumbre, dice en alta voz y en estos términos:

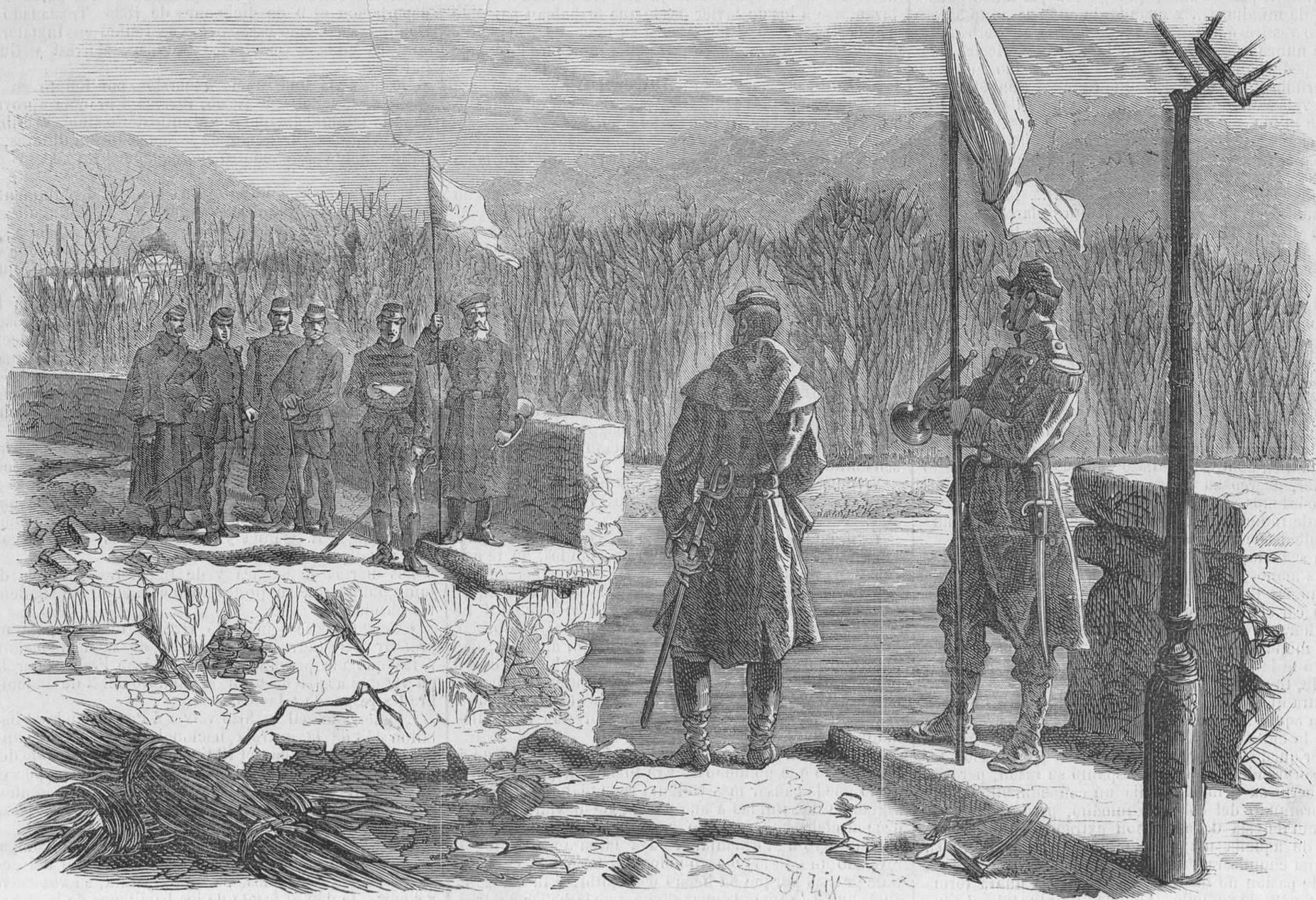
— Señor oficial, tengo orden de entregaros de parte de mi gobierno unos papeles.

— ¿Son despachos? pregunta el oficial francés.

— Lo ignoro, responde el oficial bávaro.

Después de haberse saludado de nuevo los dos grupos se retiraron del puente y se pararon sobre la pradera del río, el oficial francés en la orilla derecha y el grupo enemigo en la otra. En cuanto recibió la orden del oficial francés, un correo se dirigió por el bosque de Boulogne al cuartel del general Ducrot, con el fin de obtener licencia para pasar el río. A las cuatro menos cuarto, habiendo llegado la orden, el oficial francés se embarca en una lancha, conducida por dos remeros con el trompeta que llevaba la bandera de parlamento.

P. P.



EL SITIO DE PARIS — Parlamentarios alemanes en el puente de Sevres con despachos para el gobierno.